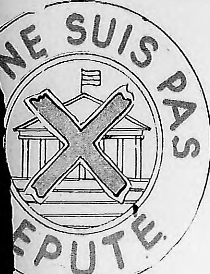
REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

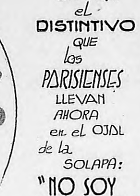
# CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

I — BUENOS AIRES, MAYO 19 DE 1934 — No. 41

## ...ISTO Y OIDO ★ *Porqué se Rompen Lanzas* ★ por PREMIANI



He aquí el DISTINTIVO que los PARISIENSES llevan ahora en el ojal de la solapa: "NO SOY DIPUTADO!"

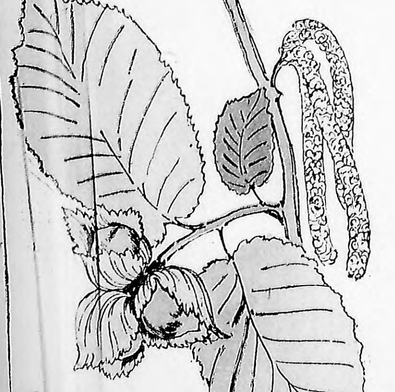
...RES TIBETANAS practican la POLIANDRIA. ...S OCURRE QUE una MISMA MUJER se CASA con ...OS HOMBRES QUE SON HERMANOS ENTRE SÍ o ...OS QUE HAY PADRES e HIJOS.





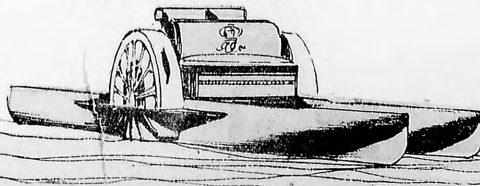
Cuando un CABALLERO FRANCÉS MEDIOEVAL entraba al servicio de algún GRANDE para iniciar una EMPRESA, ROMPÍA una LANZA en señal de FIDELIDAD. De aquí la expresión "ROMPER UNA LANZA" por algo.

SAN DÁMASO, el PRIMER PAPA ESPAÑOL, fué llamado AURISCALPIUM MATRONARUM, o sea el TALADRADOR de las OREJAS de las DAMAS. Este PAPA tenía además la manía de descubrir TUMBAS de MÁRTIRES para ponerles EPITAFIOS.



En ...UTE ISLE, de las ce...nias de PARÍS, se ha ...ebrado un CON...ESO INTERNACIONAL par...emostrar que la VARITA de AVELLANO, i...nada hacia la TIERRA, tiene la virtud de des...rir TESOROS ESCONDIDOS o MINAS.

En la actual EXPOSICIÓN del SCIENCE MUSEUM de LONDRES se exhibe el "VELOCÍPEDO ACUÁTICO" construído para recreo de la difunta REINA VICTORIA de INGLATERRA.





CUENTO POLICIAL

# MUERTE EN EL ESCENARIO

POR

GLADYS ST. JOHN - LEE

ILUSTRACION DE RECHAIN

JULIAN Harcourt me contó una curiosa historia, cuando por casualidad nos encontramos en un coche de ferrocarril que hacía el recorrido entre Paddington y Bath; íbamos ambos a Bristol, por lo que decidimos hacer juntos el viaje.

Mientras el tren avanzaba rápidamente, conversábamos de la época que siguió a la gran guerra, cuando yo pretendía ser un crítico dramático y escribía cuentos cortos, en vista de la crisis del momento... y él era un actor que aunque no muy famoso, gozaba de una buena situación económica.

La última vez que nos habíamos visto, fué en el piso de Jan Lister, en Adelphi; Lawrence Grey el novelista, Kelvin y Russel Henty estaban también presentes. Recuerdo que la conversación había tratado especialmente de crímenes y atentados criminales.

Henty acababa de obtener un éxito rotundo que lo había consagrado en la opinión del público; había ganado el famoso caso Van Dekker y naturalmente se habló de los pormenores del proceso.

Alguien nombró a Langdon y Julián Harcourt nos sorprendió grandemente al decir que él no creía que John Langdon hubiera intentado nunca herir a Anthony Roche y que la muerte de este último había sido producida por un accidente.

**Harcourt había sido naturalmente uno de los principales testigos y si alguien podía saber la verdad del asunto, era él. Cuando demostramos interés en conocer las causas que lo inducían a pensar de ese modo, se negó a satisfacernos.**

Mientras conversábamos ahora, recordé aquel afán suyo por no explicar su creencia de que la muerte de Anthony Roche había sido accidental. Me propuse entonces averiguar la verdad.

—¡Confiese! —insistí—. ¿Tiene algún motivo especial para no hablar?

Me miró un instante con sus profundos ojos grises; su cabello gris que ahora hacía brillar el sol, daba un aire de distinción a sus rasgos ascéticos. Me pareció que analizaba mi pregunta. Luego dijo:

—Pues bien, lo que dije entonces es justamente lo que pienso ahora. Tengo pruebas que satisfacen plenamente... aunque pudiera ser que no llegaran a convencerlo a usted. Si las cosas hubieran sucedido de otro modo —es decir, si Langdon no hubiera sido declarado insano, si hubiera existido la posibilidad de que lo colgaran — yo, hubiera hablado. Pero no siendo así, no ví la necesidad de hacerlo; consideraba a Langdon criminal en la intención, pero no en los hechos, y pensé que no sacaría nada con hablar. No debía ni haberlo mencionado.

—Pero óigame, Harcourt, seguramente...

Vacilé un segundo, temiendo ofenderlo, pero mi ansiedad por saber la verdad, aumentaba por minutos. Entonces agregué:

—Supongo que no temerá hacerme una confidencia. Le aseguro que nunca lo repetiré... a menos que me autorice usted a ello.

Entonces él sonrió, con una sonrisa singularmente simpática.

—Veo que no ha perdido su antigua afición por los cuentos.

Luego meditó un momento, como si estudiara el asunto en su mente, hasta que dijo por fin:

—Se lo diré si usted quiere... y puede contárselo a quien quiera saberlo. Langdon murió hace tres meses en el Asilo de locos y desde la muerte de Adrienne hacen ya diez años. Ahora todo ha terminado y no afecta a nadie más...; he pensado varias veces fijar en el papel la verdad de todos estos hechos. Usted, probablemente lo hará mucho mejor que yo, pues está acostumbrado a escribir. De todos modos, ahí va la narración.

Se detuvo, miró por la ventanilla el panorama que pasaba ante sus ojos y se mantuvo en silencio algunos segundos.

—Adrienne Fautrey era mi hija adoptiva desde los diez años. La gente decía que era hija mía, pero esa no es la verdad: era la de mi más grande amigo y de la mujer que amé con toda mi alma... la mujer por quien yo nunca me casé.

No puedo decir con palabras lo que esa criatura significó pabicioso para labrar su felicidad; Era ella todo lo que tenía en el mundo y era lo único que en realidad me importaba.

Trabajaba y deseaba prosperar; era extravagantemente ambicioso para lobrar su felicidad; no había un deseo o un capricho que yo no le satisfaciera. Y se convirtió en una hermosísima muchacha, de carácter alegre, espiritual e inteligente... fué una de aquellas mujeres que cada hombre sueña como el ideal de su vida.

Hice lo posible para mantenerla lejos de las tablas, pero el teatro la atrajo poderosamente, puesto que llevaba la afición en la sangre y tenía una gran dosis de talento. Yo he pensado a veces que si ella hubiera sido menos hermosa, si los hombres la hubieran encontrado menos atractiva, si hubiera empezado por tomar su trabajo un poco más en serio...

¡Pero... era joven y llena de vida! Y haberle negado las facilidades para llevar el género de vida al que pertenecía, hubiera sido lo mismo que privar del sol a una flor. Además, no me sentí con la suficiente fuerza de carácter como para impedirlo.

Tenía ella diez y siete años cuando empezó la guerra y era lo más bello que usted puede imaginar... apasionada, franca, encantadora. A los diez y ocho años hizo su debut como artista en un teatro del Este y a los diecinueve conoció a John Langdon...

Langdon, según mi opinión, fué uno de los mejores actores que han existido aquí. Tenía cuarenta y dos años, pero aparentaba muchos menos; era un hombre elegante, con una planta espléndida y de una personalidad extraordinariamente interesante; su éxito con las mujeres era proverbial y se le adjudicaban innumerables "affaires"; pero yo estoy convencido de que nunca estuvo realmente enamorado, hasta que encontró a Adrienne. Desde el primer momento que la vió estuvo loco por ella y la expresión "veneraba hasta el piso por donde pasaba" no resultaba en este caso exagerada. La cortejó con la delicadeza de un hombre que conoce profundamente todas las faces del amor y las mujeres, y su devoción no tenía límite. En toda mi vida no he visto un hombre tan obsesionado por una pasión, como John Langdon estuvo por su amor por Adrienne. Y ella maravillada y halagada por la conquista, terminó por sucumbir a su fascinación enamorándose también profundamente.

Antes de dos meses de haberse conocido, se casaron y durante un tiempo yo creía que ambos eran maravillosamente felices. Pero después, mientras el amor de Langdon era cada vez más fogoso y más absoluto a medida que los meses pasaban, el entusiasmo de Adrienne empezó a decaer; extrañaba su antigua vida de alegría, añoraba a sus compañeras de trabajo, a sus amigos. Le encantaba bailar, las grandes fiestas, los clubs nocturnos... toda esa clase de diversiones y no podía vivir sin flirtear, como si a un pájaro lo privaran de cantar. Como consecuencia, Langdon tuvo celos y desde entonces ella empezó a temerle, y rechazaba sus caricias con visible disgusto. Y cuanto más evasivas veía en ella, era tanto más exigente.

Harcourt se detuvo, su mirada fija en las distantes montañas; luego prosiguió:

—Yo estaba convencido que ya había dejado de ser una persona normal; en un momento la había golpeado y un segundo después era capaz de hincarse a sus pies, pidiéndole lo perdonara. Se ponía furioso si en su cuarto veía algunas flores mejores que las que él le había obsequiado, y a veces, cuando la veía contenta y riéndose en compañía de otro hombre, hubiera intentado matarla, tal era su furor.

Muy a menudo sufría depresiones mentales que hacían temer a la pobre Adrienne, que venía a mí temblando horrorizada a desahogarse, como una chiquilla asustada. Pero cuando yo sugería la idea de una separación o de un divorcio, no quería oirme; yo creo que todavía estaba orgullosa de él y el poder que Langdon ejercía sobre ella la imposibilitaba decidir cualquier cosa.

Pasaron los meses y con el problema de su vida doméstica se acentuó aún más su ambición por volver a las tablas: indudablemente el matrimonio la había convertido en una artista de emoción, puesto que tomaba su trabajo mucho más seriamente. Y entonces, en la primavera de 1917 tuvo su gran oportunidad; le ofrecieron el papel de primera dama en la obra de Nick Carson, "Driftwood".

De nuevo se detuvo Harcourt y deslizó su mirada desde el horizonte hasta mi cara.

—Yo no sé —dijo— a qué atribuir la coincidencia, pero Adrienne tuvo que desempeñar el rol de una mujer apasionada, sincera, que desposada con un hombre mucho mayor, se enamora luego de un muchacho que la quiere.

Hay una escena dramática en la que el marido, que descubre accidentalmente la verdad, desafía al amante y van a batirse en duelo.

Viven en una casa de campo, en un solitario lugar de Hampshire; la esposa se retira para acostarse cuando estalla una tormenta de lluvia y truenos. Un viejo mayordomo es llamado como árbitro y es el encargado de entregar a cada uno de los combatientes, uno de los dos revólveres que hay sobre una mesa, previamente cargados; en el momento en que lo hace, un corto circuito deja a la casa completamente a oscuras y los dos hombres quedan frente a frente, pero sin verse. Casi simultáneamente ambos hacen fuego; el amante resulta levemente herido, pero el marido cae al suelo desmayado, pues su herida es más seria. En el momento en que el mayordomo prende una lámpara de aceite, entra la esposa, quien al ver a su marido al parecer sin vida sobre el suelo, cae desesperada sobre su cuerpo y comprueba en ese minuto de dolor que es a él a quien ella verdaderamente ama.

Esa es, a grandes rasgos, la síntesis del asunto, suficiente para mi narración.

Bien, como había dicho, Adrienne tenía el papel de la esposa, Langdon tomó el del marido y yo era el mayordomo.

El amante era Antony Roche, un americano joven, buen mozo, de ojos azules. Tenía una risa simpática y contagiosa y emanaba tal encanto de su persona, que pronto fué el miembro más popular de la compañía. Y antes de que se hubiera estrenado la obra, estaba completamente enamorado de Adrienne.

Al principio pensé que eso debía tomarse como un flirteo inofensivo, en el que no había ningún peligro, pero de pronto me di cuenta que la situación era seria. El aislamiento entre ella y Langdon era cada vez más intolerable; se alejó de la violencia del marido para acercarse a la alegría del muchacho. Y muy pronto estuvo tan enamorada de Roche como él mismo lo estaba de ella.

Adrienne tenía su especial modo de ser; si quería algo lo suficiente para afrontar obstáculos, invariablemente lo lograba y en ese entonces pensó que quería a Tony más que a nada en el mundo. Y lo confieso, no la reprochaba; era un muchacho atrayente, simpático, entusiasta y la quería sobre todas las cosas, estando su carácter más de acuerdo con el de Adrienne, que quería alejarse del temperamento melancólico de Langdon. Al llegar el verano me convencí de que eran amantes, en todo el sentido de la palabra...

Yo vivía en un estado de perpetua ansiedad, preguntándome qué sucedería cuando Langdon se enterara; parecía ignorar lo que pasaba y sin embargo yo estaba seguro de que algo ocultaba. Pero de pronto me alarmé seriamente, al pensar que seguramente él lo sabía todo, pero que por alguna razón poderosa, pretendí.. ignorarlo.

El juego continuó todavía durante siete meses más, y un domingo a la tarde — una de esas tardes opacas y llenas de neblina que convierten las calles de Londres en cavernas de fantásticos misterios — pasé al lado mismo de Langdon. Lo descubrí por el resplandor amarillo de una lámpara y algo en su cara me sobresaltó; parecía preocupado, desesperado... "poseído" creo que es la palabra que lo describiría mejor. Lo llamé por su nombre y caminé a su lado, pero él ni se detuvo ni apresuró su paso: caminaba mecánicamente sin darse vuelta ni hablar. No estoy seguro si se dió cuenta de mi presencia.

En silencio caminamos en dirección a Westminster, pasamos por el Parlamento hasta que llegamos por fin al puente Vauxhall. Entonces, poco a poco, empecé a hablar con él, a ayudarle a que se desahogara; y también poco a poco empezó a responder... Después he pensado muchas veces que si no hubiera sido por la niebla que impedía que nos viéramos uno al otro, creando así una rara impresión de irrealidad, no hubiera abierto su corazón como lo hizo. Visiblemente atravesaba por uno de esos momentos de horrible depresión y su tortura mental debía ser espantosa, a juzgar por su estado. El tono de su voz era cínico:

—"La gente habla de un Dios amistoso" — exclamó violentamente —. "Si existe algún Ser que controla los destinos de los hombres, no puede ser más que un demonio... un demonio cuyo mayor placer es la tortura".

Me tomó un brazo y parecía querer mirarme a través de la atmósfera vaporosa.

—"¡Un demonio, he dicho! Goza haciéndonos sufrir, como un muchacho goza al sacar las patas a un insecto. Y cuando nos ve vencidos, ríe. ¡Ríe! ¡Ahora! ¿No lo oye? ¿Y para eso vivimos? La vida se burla de nosotros a cada momento; si queremos buscar más profundamente, encontramos barro... ¿Dónde está lo bueno?"

Habló durante mucho tiempo de esta manera y recién nombró a Adrienne.

"—Yo la quiero" — dijo una vez y otra como desesperado. Pude sentir su temblor por la fuerza de la emoción. — "Yo la quiero... y ese mismo amor la aleja de mí; me tiene miedo. ¡Miedo! Y yo hubiera muerto por ella gustoso.. en cualquier momento; hubiera atravesado el infierno por ella... pero Adrienne ya no me quiere; está cansada de mí y me teme. Está enamorada de Roche; naturalmente usted sabe qué quiere decir Roche... Todo el mundo lo sabe".

Dejó oír una carcajada dolorosa y cínica; uno de los sonidos más desagradables que he oído en mi vida; parecía que su eco nos preseguía en la niebla como la burla de un demonio. Luego se quedó silencioso, y por fin continuó hablando, aunque mucho más tranquilo.

—"Yo podría matarlo, naturalmente. Sería muy fácil darle muerte... pero eso es muy poco. Quiero que sufra una pena más grande... y después, que muera. ¡Permitirle que deje la vida de ese modo! ¡No! Esa sería una venganza ridícula, comparándola con el infierno en que ha convertido mi vida. Solamente un loco podría satisfacerse con eso... el sufrimiento está en nuestra mente, no en el cuerpo, y mi venganza tiene que ser algo así como una tortura nerviosa... imaginativa... sentirse atado como un ratón en la trampa; conocer el terror, la agonía de la duda: saber que cada hora que pasa lo va acercando más y más a un horrible destino... eso sería más adecuado. ¡Y podría ser! ¡Podría ser!"

Al decir todo esto, a veces reía, con esa risa sarcástica de antes, y a veces se sumía en un profundo silencio más amenazante aún que sus palabras.

Yo hice lo posible por calmarlo, pero creo que nunca oyó lo que le dije; parecía un loco, pensando en voz alta todas esas cosas disparatadas.

Llegamos después de un rato al camino del Rey, a eso de las doce y media de la noche; allí encontré un taxi que con gran dificultad a causa de la niebla, nos llevó a nuestras casas.

Al día siguiente Langdon parecía completamente normal otra vez y ni siquiera mencionó nuestra aventura nocturna. Pero yo no logré borrar la desagradable impresión que me causó y me perseguía insistentemente como la memoria de un sueño endemoniado.

Quise prevenir a Roche de que le amenazaba algún peligro, pero temí que eso precipitara el desenlace. Quise persuadirme que lo que Langdon había dicho, había sido bajo ese estado de enajenación y que su razón no se dejaría influenciar por ello. Pero yo no estaba realmente convencido... La obra "Driftwood" se había representado ya muchas veces y llegaban las últimas funciones; la última semana pasó sin novedad, hasta que llegó la representación final.

Harcourt se detuvo y permaneció en silencio unos instantes, como si meditara lo que iba a decir. Un parche de luz solar subía y bajaba sobre su rostro, para dejar lugar a la sombra que proyectaban los árboles del camino.

—Nunca he podido explicarme —continuó luego— porqué esa noche, cuando entré al teatro, me sentí inmediatamente en una atmósfera de tensión nerviosa que era casi eléctrica. El aspecto de Adrienne era tan extraño, que hasta pensé que pudiera estar enferma. Todo el mundo estaba nervioso y a punto de estallar; parecía más bien la noche del debut y no la de despedida. Solamente Langdon parecía enteramente tranquilo; siempre había hecho un espléndido papel encarnando a Ronald Chilcot, el marido, y en esa noche singular fué aún más eficiente. Parecía inspirado, con un aire de triunfo, de superioridad.

Cuando se levantó el telón, noté que Adrienne lo observaba atentamente; lo seguía con su vista y cuando estaba fuera de la escena continuaba mirándolo, con una expresión de ansiedad y temor. Lo que ella temía, o lo que su instinto le hacía temer, lo supe.

Llegamos al último acto... a la escena de los tiros. Acá me voy a detener para explicar algunos detalles esenciales: los revólveres que se usaban eran de los comunes de seis balas y cada noche el propietario los cargaba con cartuchos de pólvora que había en una caja guardada cuidadosamente. Frecuentemente, pero no siempre, o Langdon o Roche los examinaban para ver si estaba todo bien, pero esa noche no recuerdo haber visto a ninguno de ellos revisando las armas.

Desde que fueron colocados, uno al lado del otro, en una mesita del escenario, nadie más que yo se acercó a ellos, cuando dí uno a Langdon y otro a Roche. Siempre estaban colocados en la misma posición... y cada noche yo entregaba el de la derecha a Langdon y el de la izquierda a Roche. Podría agregar que los dos hombres eran excelentes tiradores; Langdon había ganado algunos trofeos en el National Sporting Club, y Roche venía de Texas, donde el tiro es uno de los deportes favoritos. Talvez por esta razón estaban acostumbrados a tener cuidado al hacer fuego y no tirar despreocupadamente, como hacen los actores en esas circunstancias.

Bien: se levantó el telón y yo estaba fuera de la escena, esperando que me llegara el momento de actuar, y de pronto ví que Adrienne estaba a mi lado. Me tomó de un brazo y sus ojos que parecían aterrorizados, no se apartaban de mí; todo su cuerpo temblaba.

Yo estaba a punto de llamar a alguien creyéndola enferma, pero ella me lo impidió haciendo un gesto rápido ordenándome que hiciera silencio; mirando apresuradamente a su alrededor, murmuró: "¡Los revólveres! ¡Cámbialos! ¡Por el amor de Dios, cámbialos!" No comprendí nada, y estaba a punto de pedirle que se explicara... pero tenía que salir a escena en ese mismo momento. Me empujó hacia la puerta por la cual tenía que entrar; no había tiempo de vacilar.

Durante los minutos siguientes, desempeñé mi papel, con la inseguridad con que caminaría un hombre ciego al borde de un precipicio. Las palabras de Adrienne repercutían en mi cerebro, pero yo estaba demasiado aturdido para razonar con tranquilidad.

Llegó el momento en que tuve que tomar los revólveres y simultáneamente la escena quedó a oscuras. Recordé en ese preciso instante la súplica desesperada de mi hija, e instintivamente le obedecí, como lo había hecho durante tantos años. Cambié las pistolas, dándole la izquierda a Langdon y la derecha a Roche; entonces esperé treinta segundos en tal estado de ansiedad, que tuve que afirmarme en la mesa para no caer...

Entonces se oyeron los disparos de ambos revólveres... un extraño grito de sorpresa... y el ruido de un cuerpo que cae. Luego se inundó el escenario de luz y ví que Langdon... en vez de aparecer en el suelo boca abajo, como de costumbre, había retrocedido unos pasos y estaba recostado contra la chimenea; Roche yacía en la alfombra en una actitud grotesca.

Prendí la lámpara con manos temblorosas; ya no había necesidad de fingir la parte de temor. Nunca tuve tanto miedo en mi vida; ví a Adrienne correr a mi lado como desesperada, detenerse con la mirada extraviada frente a su marido. Luego, viendo el cuerpo enco[...] amante, dió un gri[...] tia y cayó de rodill[...] empezó a llorar y [...] camente las manos [...] beza. La mayoría [...] creyó naturalmente [...] una parte de la ob[...] cayó el telón, p[...] continuaba lloran[...] cuenta de lo que [...]

El actor se de[...] respiró hondamen[...]

No creo que e[...] toria del teatro h[...] go más dramátic[...] de la muerte de A[...] pero por el hech[...] bamos en plena g[...] brados a las em[...] esta escena real [...] una de teatro.

Langdon fué [...] sinato; todas la[...] ban en su cont[...] gos dieron fe d[...] su carácter indó[...] encontró en su [...] carta de amo[...] Adrienne, en la [...] día a mi hija qu[...] su marido. El [...] cuando sonaron los [...] se hubiera tirado al [...] de costumbre, sino [...] contrario, permaneci[...] como paralizado, mir[...] fijamente, era una [...] futable.

El jurado dió su [...] declaró culpable: fu[...] a muerte... pero lu[...] to, pues se probó [...] cultades mentales [...] radas.

Yo me incliné ha[...] algo excitado por el [...] relato.

—¿Pero y los re[...] exclamé —. Si usted lo cambió, como dice que lo h[...] porqué entonces... parece cla[ro]...

—¿Que Langdon no pretendió asesinar a Roche?

—Sí.

—¡Naturalmente que no! ¿No era eso lo que yo le dije aquella noche en el departamento de Jan?

—¿Pero entonces...? ¡Por Dios, hombre! ¿Quiere decir usted que nunca dijo eso?

—No.

—¿Porqué?

—Porque aunque estoy seguro que Langdon nunca pensó asesinar a Roche, sé que había planeado su muerte.

—¿Cómo?

—Por medo de un modo diabólico... a horca.

Entonces comprendí.

—¿Quiere decir usted... que Langdon había intentado que Roche lo matara a él... para que luego fuera acusado de asesinato?

—Exactamente.

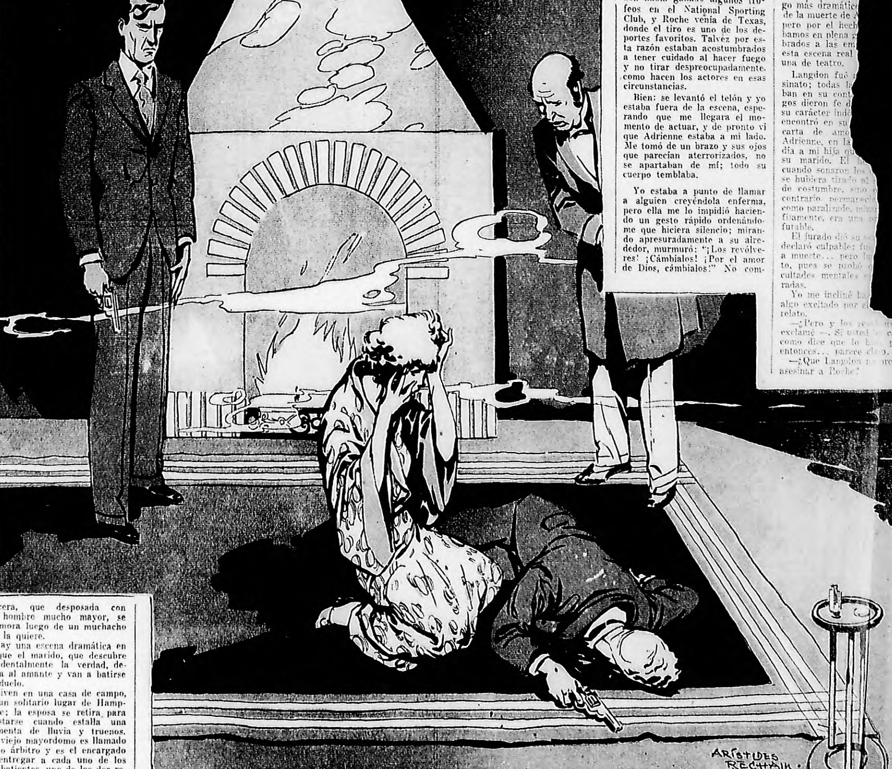
Me recosté en mi asiento, tomé mi pañuelo y me lo p[asé] por la [...]. Entonces dije:

—¿Y Adrienne? ¿Supone que ella pensó que Langdon quería eliminarlo?

Harcourt hizo un movimiento con la cabeza.

—No sé, y en realidad nunca he conocido las causas que la indujeron a hacer lo que hizo. Se enfermó esa noche de pneumonia que se agravó por el sacudón nervioso; murió [...] días después, sin haber recobrado el conocimiento.

Me he preguntado muchas veces porqué me pidió que cambiara los revólveres. ¿Vió a Langdon cuando los preparaba o si simplemente leyó en sus ojos lo que iba a ser? Nunca supe la verdad acerca de eso, pero lo que puedo jurar positivamente es que Langdon no intentó nunca asesinar a Roche.



# EL TOCADOR DE QUENA

¿RECUERDAN ustedes aquella expedición que fué a explorar, internándose por el Pilcomayo, las selvas aborígenes del Norte? No volvió más. Hace ocho años, quince hombres salieron de Rosario bajo el mando del comodoro Iagón Nordenflich, que fué un escandinavo con traza de viking; pero se perdió. Dos "baquianos" acompañaban al grupo. Acaba de parecer el más joven, Sinforoso Puidéngolas, que es correntino y, demás, mi amigo. Fué capturado al dejar la gabarra que lo trajo de ciudad del Salto, mientras pisaba las arenas de la margen dereha del río Uruguay, en un ribazo cercano a Goya; de allí es oriuno. Se encontraba astroso, barbudo; trajo consigo un extraño tubo, egro de color, alongado y una de cuyas bases era un cristal.

Nadie conocía ese cabalístico instrumento, por lo que la policía nformó haber frustrado una sublevación deteniendo a un exilado olítico que introdujo subrepticiamente en el país una máquina inernal.

Fuí a ver a Puidéngolas, llevando una orden del gobernador de provincia para que lo soltaran. Lo custodiaba un sargento, seis nilicos y siete caballos amarrados al palenque de la comisaría.

—¡Ajá!... ¿Vos también sos de esos? — insinuó el sargento al erme entrar.

—Caballero — le contesté con alteza —, aunque no he tenido el onor de serle presentado, no eludiré la réplica: ¡De esos, sí¡ ¿Oyó ien?

Sabido es que los policianos son de un humor atrabiliario; agraecí por lo tanto las risotadas que me ofrendaron .

Al entrar al calabozo, no reconocí a Puidéngolas; más, luego, e abrazarnos, me narró los azacaneos a que la fortuna lo empujó. n seguida se afeitó y más tarde se alimentó.

—¡Coma usted, querido amigo, coma! — le dije, enternecido asta la indignación. — ¡Reponga sus preciadas fuerzas y salgamos e esta charca después! ¡Traigo su liberación, Puidéngolas!

Entonces me mostró el tubo infernal, causa de su perdición. Ah! ¿Cómo retener mi exaltación? ¡Si eso era el anteojo de un teoolito! Naturalmente, proferí palabras cuya excesiva rudeza gramaical hubiera conmovido a otros que no fueran los vigilantes.

Al salir, se acercó uno de ellos para preguntarme si nunca me abían "afeitado en seco".

Sospeché una broma.

—También... — añadió. — Mejor que no caiga nunca por acá, sabe? Hubo tipos más peludos que usted, pero les arrancamos la arba a pellizcones, de cachazudos nomás.

El sargento fué más paternal, pues declaró:

—¡Angelito¡... ¡Dios lo tenga en su gloria!

—¡Caramba, caramba! — pensaba yo al rato recordando estas fusiones. — Después dicen de ellos que su ferocidad aventaja a las el beduino. ¿No habrá ligereza al juzgarlos?

Hace unas tardes, en su casita, Puidéngolas me contó sus avenuras. Dijo al cabo:

—Venga, don... (aquí mi nombre, que mantendré en secreto).— e voy a mostrar algo de interés...

Lo que me mostró fué el anteojo del teodolito que le fuera deuelto por mi intersección y que vino a las mujos de manos de un ngeniero de la expedición. En seguida desenroscó su lente, desplegando ante mí un rugoso papelote que sacó de su interior.

**Me estremecí: Dios mío, ¿y si fuera un palimpsesto?**

★

**Respetuosamente diré quién soy: Soy un hombre de estudio, un** anto vejancón, pero muy jovial. Algo imaginativo también, tengo n vivo anhelo: descubrir un palimpsesto. Mis estudios en la arqueoogía aborigen son vastos y conocidos por todos, y mi persona bien uista en muchos lugares. Así cierta vez que tuve precisión de husear en archivos oficiales la genealogía de Atahualpa, los bibliotecaios se rieron, preguntándome el más zumbón:

**—El señor, ¿es catedrático?**

**—¡Caramba! ¿Es que tenía aspecto contrario?**

**—No parece — dijo otro, observándome.** — No hace falta busarlo. Vea: Atahualpa es hijo de Moncayo y Primeriza, con 56 kilos n monta; ganó en 1 y 37 el último clásico... Pásese siempre por quí, señor; a la hora del té, especialmente...

**Verdad es que tales informaciones pertenecían, ¡oh, Atenea!, a** n potrillo homónimo del infortunado inca, pero ¿negarán la obseuencia que suscito entre mis paisanos?

**Lo contado por mi amigo será tema de un libro que compongo,** cual versará sobre la "Fluviatilidad del Bermejo y del Pilcomayo y suerte que le cupo al comodoro Iagón Nordenflich y sus quince ártires, menos uno que fué Sinforoso Puidéngolas, quien apareció ivo y alternó con todo linaje de aventuras el cual se las relató al hador de este ensayo", y todo eso, aunque no breve, es certísimo.

**Se explican mi ansiedad ante el documento?**

**Pero he aquí que ocurrió la aventurita simple y tocante que pa**o a narrar.

## El Tocador de Quena

Bueno, pues; estaba con Puidéngolas cuando desde el almacén ercano, pocas puertas de la nuestra, llegó un sonido melódico, queoso. Ora semejaba ondular con ritmo leve, luego cadencioso y tenaz, olcó en el congojoso espíritu de mi amigo esas letanías ocultas que aben de los recuerdos, de las emociones que perduran y, en fin, de odas aquellas reminiscencias impalpables que son como el abono n que florece nuestro espíritu. No conocía el instrumento y lo ije.

—Es la quena — contestó Puidéngolas.

Nada sabía respecto de ella y lo confesé.

—Hay que tocarla muy bien — añadió Puidéngolas —. Entones, todos los corajes quedan envainados y los rencores se esconden n lo más hondo.

Manifesté mi asombro, y Puidéngolas sonrió.

La claridad nocturna — ceniza pálida blanqueando las techumres y el patio — alargó las sombras callejeras que se deslizaban nte la puerta. Seguía plañendo la quena... ¡pero yo sólo entiendo e papelotes y no de músicas!

—Sinforoso — le dije —, sigamos con lo nuestro.

Sobre la mesa, desarrollado a todo lo largo, se extendía el ugoso papelote, ¡que bien podía resultar un palimpesto! ¿Acaso no o descubrió el propio comodoro Nordenflich en la más umbrátil spesura, envuelto con endurecidas telas, al lado nomás de la momia rígida de un patriarca guaraní, feo y desdentado?

Expliqué a Puidéngolas, quien, mal informado en cirtas disciinas, debe ignorar que los palispsestos — a semejanza de los odernos tratados internacionales — ocultan bajo su estructura parente otra más sutil y borrosa.

Pero no me escuchó.

Mecía la cabeza blandamente, a compás de la música, acompaada esta vez por la cantada de alguno del corro.

—El que toca es Chamorro — me dice.

—¿Cuál Chamorro? — pregunto yo.

—Fidencio Chamorro — me aclara él.

Lo conocía. Es el biznieto de un cacique que emplazara su olderia por el delta; calza ojotas sobre las que descansa su cuerpo ajo. Cuenta sus diabluras dándoles un matiz legendario. Profiere uramentos en guaraní. Nunca se emborracha. Silba. Y, sentado obre sus talones, arranca de la quena chillidos tan mágicos, que maginamos si los que le escuchan no son las serpientes que se ejan mecer por ese encantador hindú.

En seguida yo grito:

—¡Eh, Sinforoso, oiga! ¿Adónde va? ¡Quédese aquí, hombre!

Y como ya está en la calle, agrego:

—¡Ah, Sinforoso ¡Perdemos la noche! ¿Y si fuera un palimesto?

Por lo que se dirige al almacén.

—¡Sinforoso! Si fuera un palimpsesto, serena y calladamente, odría morir.

Lo conmoví. Ante el glorioso testimonio del fundador del puelo, cuya pétrea mirada nos contempla desde el medio de la plaza, uidéngolas me tendió su mano izquierda. Con la derecha se enuga una lágrima.

—No sabe de muerte mientras oiga a la quena.

Me engancho a su codo y caminamos emparejados.

—¿Por qué? — pregunto yo.

—Esa música que, para usted, es posible no tenga ningún sendo...

Lo atajo así:

—¡No me interesa! Escuche, Puidéngolas: volvamos al palimpsesto.

Terco, me grita:

—¡Es una leyenda que nos contaban nuestras abuelas!

Yo replico que las viejas tienen fama de chismosas.

En ese momento fué cuando vino Chamorro a nuestro encuentro, silbando tristemente, como si dejara caer la provisión de ecos para su quena.

Abrazó a Puidéngolas, pero a mí me tendió su mano amical.

—¡Ay, hermano! — exclamaba al rato el bisnieto del cacique—. ¿Decís que olvidé a los amigos? Olvidé a todos, ¿sabés? Unica-



mente guardo el recuerdo de un sueño más bonito que los colores del mainiumbí" (picaflor).

En su acento había tanta sinceridad y dolor que olvidé mis propios pesares. De tal modo maneja la vanidad a los hombres que, harto desgraciado puede sentirse aquel cuyos padeceres se ven, ya que en la desgracia siempre nos oculta un tanto de la conmiseración ajena, nuestro propio orgullo y la ceguedad del prójimo.

—Hace unas noches, hermano — prosiguió Chamorro — fuí a recostarme entre los "yuyales"... "Yací" (la luna) estaba tapada por unas nubes tan negras, que ensuciaban el cielo. Saqué mi quena; toqué. Al rato, estaba cansado como nunca. Entonces, me dormí y tuve el sueño...

—¿Qué sueño?

Avergonzado, contestó:

—El de la "cuña-taí" (mujer joven) que pena...

—¡Por eso que tocabas así — exclamó Puidéngolas.

Y agregó (el pobrecito estaba afiebrado):

—¡Decí quién era!

—La que todos los años, cuando empieza a calentar el sol y salen las flores de los brotes, cambia de formas... Un indio viejo la vió una vez más voladora que la "panambí" (mariposa).

—"Birimboí-cuya"

—Ella...

¿Qué significaban tales palabras acentuadas en la última sílaba, y ese idioma cuya uniforme prosodia y crasa regularidad dicen de su candor y primitivismo?

Comprenderán mi extrañeza al saber que "Birimboí-cuyá" no es un galimatías, sino el nombre de una moza guaraní, la cual, después de ocurrirle innúmeras malandanzas de índole amatoria, contradictorias y amenas para ser contadas, que no sufridas, vino a encontrar al cabo, en un sendero del bosque, el cuerpo de su galán. Estaba sepulto entre los troncos de unos árboles derribados por las descargas de una noche fragosa.

Era el amanecer cuando entramos en la casa de Puidéngolas.

★

Las enredaderas del patio estaban cubiertas de unas florecitas azules y rojas de diversos matices.

Al verlas, el muchacho tomó una entre sus temblantes manos.

—¡Es ella, la pasionaria, florcita linda y sufrida! ¡Es ella! "¡Birimboí-cuya!" — y dirigiéndose a mí entre lágrimas: —La "biricuyá" (bella flor) sólo quiere al sol que le trae la luz para hacerle olvidar la noche en que murió su hombre, asesinado por "Añá" (el genio de los maleficios-). ¡"Biricuyá" linda! Pobrecita... ,

Se calmó al rato. Más tarde tomó la quena y salió al patio, que ya empezaba a clarificarse. Arrancó del instrumento sones tan ocultos, que parecían mejor el agudo cadente de un órgano ejecutado por sufridas manos, y a cuyo conjuro los hombres presienten el poder de esas extrañas fuerzas que nombramos sentimientos.

Todo el día estuvo llorando, con breves intermitencias, las que aproveché yo para ubicar mi júbilo. Luego confeccioné junto con Puidéngolas una tabla con los términos más usuales en guaraní.

Vivió con nosotros tres días, auxiliándome en la versión del manuscrito. En los ratos de ocio, las melodías de su quena nos conturbaron gratamente. Volvióse parlanchín y su locuacidad me contagió. Creo en las historias del manuscrito y en las que él me cuenta para mi solaz. Y aunque ya estragado por la arterioesclerosis, gocé de envidiable humor, que espero retorne junto con el regreso de Chamorro.

★

La víspera de su marcha, corrió al patio, agitado, y nos atemorizó. Refulgían sus pupilas con un claror lechoso. Quiso treparse a la enredadera y lo contuvimos, calmándolo.



—¡La pasionaria vuela! — gemía con el pecho cansado—. ¡Le han crecido alas y se va! ¡Atájenla!

A la mañana siguiente tomó el camino que va a perderse al norte, entre el boscaje que linda la laguna del Iberá.

Tras de sí dejó un estremecimiento blando y palpitante; el eco de sus tocatas angustiosas, el amor por esa sombra legendaria que salió a buscar...

¿Será posible que vuelva? No sé...

### Fina la aventurita y hago una confesión

Fervorosamente, mi alma, ya tarda y pesada, anhela escribir la historia de "Birimboí-cuyaá", la pasionaria. La sustantiva misión de mi vida se ha cumplido: descubrir un palimpsesto. Desentrañada su prístina escritura, publicaré el libro que anuncio. Añadiré un apéndice supletorio, cuyo título será: Historia verídica de Birimboícuyá, la pasionaria, transferida al autor por Fidencio Chamorro, que fué un ejecutante de quena y sensible alma también.

Aconsejóme Puidéngolas respecto al estilo en que serían escritas y discutimos sobre las virtudes trágicas de nuestro pueblo. Aporté doctrinas de ilustres turistas, descubridores del "ananké" criollo. Contestóme, por contra, que la lectura de mi libro sería "un plato".

—¡Puidéngolas, amigo querido! — exclamé atribulado—. ¿Es eso una metáfora gastronómica? ¡Caramba! No soy tan agudo como para comprender por qué mi libro sería un plato.

Salió bastante ruiseño.

Le hubiera confesado: "Sólo quiero revivir esos agobios del amor. Sentirme joven con el único dolor que no envejece".

Y luego, más tarde, callada y serenamente, morir.

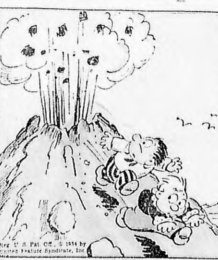
*POR*

MAURICIO ROSENTHAL

*ILUSTRACION DE SORAZABAL*

## Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









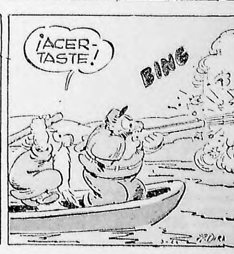
DE CAZA










EL HOMBRE DE LA GALERA NEGRA.





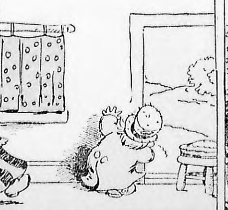


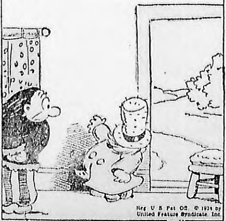






HISTORIA MUDA DE LA MUJER DESPEINADA









# Los Distantes Ojos de Davidson

LA transitoria aberración mental de Sidney Davidson, notable ya de por sí, se hace más notable aun si damos crédito a la teoría que sobre ella ha formado Wade, teoría en la que se advierten extrañas posibilidades de futuras intercomunicaciones, de intercalados minutos transcurridos en otras partes del mundo y de insospechados ojos que contemplan nuestras operaciones más secretas. El hecho de que yo haya sido el testigo inmediato del secuestro mental de Davidson me capacita para trasladar la aventura al papel.

Al decir que fuí el testigo inmediato me refiero a que yo fuí el primero que apareció en la escena. La cosa sucedió en el Colegio Técnico de Harlow. Davidson estaba solo, trabajando en el gran laboratorio, y yo me hallaba, anotando algunas cosas, en un cuarto más pequeño. Afuera se desencadenaba una gran tormenta. Fué después del terrible fragor de un trueno, que me pareció oír el ruido de un cristal al estrellarse, y me volví para escuchar. Por un momento no oí nada; el granizo caía con fuerza sobre el tejado. Pero luego, claramente, llegó hasta mis oídos otro gran ruido. Algo pesado se había caído del estante al suelo. Me abalancé hacia la puerta del laboratorio y la abrí. Davidson, vacilante, riendo en forma extraña, estaba de pie, en medio de la habitación. Creí al principio, que estaba ebrio. No se apercibió de mi presencia; estaba tratando de asir algo invisible que podría hallarse a una yarda de distancia. Extendía, trémulo, la mano y luego apretaba... nada.

—¿Qué me pasa? — murmuraba, llevando las manos, con los dedos separados, hacia su cara. Después comenzó a levantar los pies trabajosamente, como si los tuviera trabados.

—¡Davidson!—grité—. ¿Qué te sucede?

Se volvió y giró la cabeza, buscándome; pero aunque posó sus ojos en mí varias veces, no demostró verme.

—Olas—decía——y una goleta. Juraría que oí la voz de Bellows. ¡Hola!—gritó de pronto.

Yo lo miraba sin saber cómo interpretar su actitud. A sus pies, hecho añicos, uno de nuestros mejores electrómetros.

—¡Hombre! ¿Qué ha pasado? —exclamé. ¡Has destrozado el electrómetro!

—¡Otra vez, Bellows! dijo —. Algo acerca de electrómetros... ¿Adónde estás, Bellows? La cosa ésta se corta como manteca...

Me sentí francamente alarmado. ¡Davidson!—dije—. ¿Qué es lo que te ha sucedido?

Miró a su alrededor, buscándome. Juraría que fué Bellows —murmuró. ¿Por qué no te muestras como un verdadero hombre, Bellows?

Se me ocurrió de pronto que podría estar padeciendo un ataque de ceguera. Me acerqué a él y apoyé la mano en su brazo. En mi vida vi un hombre más sobresaltado; se alejó de un salto y asumió un actitud temerosa y defensiva. Su cara estaba congestionada por el terror.

—¡Buen Dios!—gritó—. ¿Qué fué eso?

—Soy yo, Bellows. ¡Al diablo, Davidson!

Otra vez dió un salto y miró, cómo expresarlo?, directamente a través de mí. Comenzó a hablar, pero no se dirigía a mí, sino a él mismo:

—Aquí, a plena luz, en una playa descubierta... Ningún lugar para esconderse. Miró ansioso a su alrededor. ¡Aquí! ¡Ya está—exclamó—e introdujo la cabeza en el gran electromagneto, tan violentamente, que, como vimos después, se magulló cruelmente el hombro y la mandíbula y luego dió un paso atrás y gritó casi sollozante: —¡En el nombre del cielo! ¿Qué es lo que tengo? Y se oprimía, temblando violentamente, el brazo izquierdo, magullado por el magneto. Yo ya estaba completamente excitado.

Davidson—le dije—. No tengas miedo.

Se sobresaltó al oírme, aunque no tanto como en las veces anteriores. Yo repetí mis palabras en un tono tan claro y firme como pude asumir.

¿Bellows—dijo—. ¿Eres tú?

—¡Cómo! ¿No me ves?

El rió.

—Ni siquiera me veo yo. ¿Dónde diablos estamos?

—Aquí—contesté—. En el laboratorio.

—¡En el laboratorio!—exclamó extrañado, llevando la mano a la frente. Yo estuve en el laboratorio hasta que cayó el rayo; pero, ¡que me cuelgaen si estoy allí ahora! ¿Qué barco es éste?

—Aquí no hay ningún barco — contesté —. Vuelve en ti, viejo.

—¡Ningún barco!—repitió y pareció olvidar mi negativa. Supongo—dijo lentamente — que estamos los dos muertos. Pero lo raro es que siento como si tuviera aún un cuerpo.

—Estás perfectamente vivo. Estás en el laboratorio y has roto el nuevo electrómetro. No quisiera estar en tu lugar cuando llegue Boyce.

El miraba hacia un punto lejano.

—Debo estar solo—murmuró—. Han tirado con una escopeta; yo veo el humo que sale del caño, pero no he oido nada.

De nuevo apoyé la mano en su brazo y ya no se asustó tanto.

—Parece que tuviéramos algo así como cuerpos invisibles dijo—. ¡Hola! Allí hay un bote que se acerca.

Yo lo sacudí por el brazo:

—¡Davidson!—grité—. ¡Despierta!

Fué justamente entonces cuando entró Boyce. Tan pronto como entró, Davidson exclamó:

¡Viejo Boyce! ¡Muerto también!

Yo me apresuré a explicar que Davidson se hallaba en un trance sonambulístico olgo por el estilo. Los dos hicimos cuanto pudimos para arrancarlo de ese extraordinario estado. El contestó a todas nuestras preguntas y nos formuló también algunas, pero la alucinación atraía todos sus pensamientos. Se mantuvo haciendo observaciones sobre playas, botes y velas hinchadas por el viento. El oírle decir tales cosas en el sotavento laboratorio resultaba harto extraño.

Estaba ciego. Tuvimos que conducirlo a la habitación privada de Mr. Boyce, tomándole cada uno de un brazo, y una vez llegados allí, mientras Boyce le hablaba y trataba de bromear, yo me dirigí a la galería en busca del viejo Wade. La voz de nuestro decano calmó un tanto a Davidson, aunque no mucho. Preguntó adónde estaban sus manos y por qué tenía que caminar con la arena hasta la cintura. Wade reflexionó por un largo rato (ustedes saben cómo frunce las cejas) y lugo hizo que Davidson palpara la poltrona de la habitación privada de Mr. Boyce. Está rellena con crin de caballo.

Davidson la tanteó y afirmó que la podía sentir muy bien, pero que no podía verla.

—¿Qué es lo que ve usted?— preguntó Wade—.

Davidson respondió que no veía más que arena y caracolillos. Wade le hizo tantear otros objetos, explicándole lo que eran y observándolo atentamente.

—El casco del barco está hundido—dijo Davidson de repente.

—No interesa el barco—contestó Wade—. Escuche, Davidson: ¿Usted sabe lo que es una alucinación?

—Perfectamente — respondió Davidson.

—Bien. Todo lo que usted ve es una alucinación. Usted está vivo y se encuentra en la habitación del profesor Boyce. Pero algo le ha sucedido a sus ojos. Usted no ve, usted puede oír y sentir, pero no ve. ¿Me comprende?

—Me parece que veo demasiado—dijo Davidson frotándose los ojos. ¿Y bien?

—Eso es todo. No se deje abatir. Bellows, que está aquí, y yo, lo llevaremos a su casa en un coche.

—Esperen un poco—murmuró Davidson y luego, en voz alta: —Ayúdenme a sentarme. Este... yo siento muchísimo molestar a usted, pero ¿quisiera decirme todo eso otra vez?

Wade le repitió pacientemente las palabras que le había dirigido. Davidson cerró los ojos y se oprimió la frente con ambas manos.

Si—dijo—. Tiene usted razón. Ahora, con los ojos cerrados, comprendo que usted tiene razón. Aquí estás tú, Bellows, sentado a mi lado, en el sofá. Estoy de nuevo en Inglaterra. ¡Qué obscuridad! Luego abrió los ojos. Y allá—dijo—recién está saliendo el sol. Veo el barco en el mar agitado y una pareja de pájaros volando. Nunca vi algo tan real. Y estoy sentado en un banco de arena, enterrado hasta el cuello. Se inclinó hacia adelante y se cubrió la cara con las manos. Luego abrió los ojos otra vez. —¡La salida del sol y el oleaje! Y, sin embargo, estoy sentado en el sofá del viejo Boyce. ¡Dios me ampare!

Ese fué el comienzo. Por tres semanas esta extraña afección de los ojos de Davidson continuó sin mayores variantes. Era muchísimo peor que la ceguera. Necesitaba de nuestra ayuda para todo. Teníamos que alimentarlo, guiarlo y desvestirlo. Si intentaba moverse, se caía sobre las cosas o se golpeaba contra las puertas y las paredes. Después de un día o dos se acostumbró a oírnos sin vernos y admitía voluntariamente que estaba en su casa y que Wade tenía razón en lo que le había dicho. Mi hermana, que era su prometida, insistía en venir a verlo y se sentaba durante horas a su lado, todos los días, mientras él hablaba de su playa. El tomar la mano de mi hermana entre las suyas parecía consolarlo inmensamente. Nos contó que cuando le hicimos dejar el colegio para llevarlo a su casa (vivía en el barrio de Hampstead), le parecía que lo guiábamos a través de un promontorio de arena—para él todo fué obscuridad hasta que emergió otra vez—y experimentaba la sensación de andar sorteando árboles y rocas y otros obstáculos sólidos, y cuando, después de subir la escalera, llegó a su cuarto, siempre conducido por nosotros, lo hizo con el temor de caer al vacío, pues se imaginaba estar a treinta o cuarenta pies de altura sobre las rocas de su imaginaria isla. Lo llevamos al consultorio de su padre y lo tendimos en un sofá.

El describía a la isla como un lugar destartalado y frío, con muy poca vegetación y en el que abundaban las rocas. Había multitudes de pingüinos que daban a las rocas un aspecto blanco y desagradable. El mar siempre aparecía picado y una vez tuvo lugar allí una gran tormenta. En esa ocasión gritó y maldijo a los silenciosos rayos. Una o dos veces aparecieron focas sobre la playa, pero esto sucedió durante los primeros días. Afirmaba que era muy divertida la forma en que los pingüinos acostumbraban a pasar, balanceándose a su lado, sin que su presencia los molestara.

Recuerdo ahora una rara circunstancia que se produjo una vez en que él expresó, ansiosamente, el deseo de fumar. Colocamos una pipa en sus manos —con la cual casi se saca un ojo—y la encendimos. Pero al fumarla no experimentó ningún placer, y desde entonces he comprendido que lo mismo me acontece a mí; no encuentro ningún sabor al tabaco si no veo el humo. La parte más extraña de su visión se reveló cuando Wade lo envió a tomar aire fresco en una silla de ruedas que conducía el sordo y obstinado subalterno de los Davidson. Mi hermana encontró a los dos en Camden-Town: Widgery trotando complacido y Davidson evidentemente desesperado, tratando inútilmente de atraer su atención. Lloraba al reunírsele mi hermana.

POR

## H. G. WELLS

*Ilustración de*

*Parpagnoli*

—¡Oh! ¡Sácame de esta oscuridad horrible!, gemía, buscando su mano. ¡Es preciso que yo salga de aquí! ¡Esto me mata! No pudo explicarse en ese momento y mi hermana decidió volverlo a su casa. A medida que se alejaban del lugar, el terror lo iba dominando. Davidson decía que era muy agradable mirar otra vez las estrellas, aunque ya era cerca del mediodía y había un sol radiante.

—Experimenté la sensación —me contó más tarde—de ser empujado hacia el agua y no me asusté mucho al principio. Naturalmente, era de noche allá. Una noche divina.

—¿Naturalmente? — pregunté extrañado.

—Naturalmente — contestó. Siempre es de noche allá cuando aquí es de día. Bien. Ibamos directamente al agua, que presentaba, a la luz de la luna, un aspecto manso. Poco a poco llegó hasta mis ojos; la luna dió un vuelco en el cielo y se volvió verde. Peces brillantes pasaban como flechas a mi lado y me rodeaban cosas que parecían hechas de cristal luminoso. Luego atravesé una cadena de algas que ostentaban un brillo de aceite. Yo seguía hundiéndome: las estrellas fueron desapareciendo una tras otra y la luna se tornó más verde y más oscura. Todas las cosas parecían misteriosas. Y en medio de todo eso oía claramente el chirriar de las ruedas de mi silla y los gritos de un canillita que voceaba el "Pall-Mall". Continuo mi descenso entre las aguas y todo se tornó negro a mi airededor, mientras que el brillo de las cosas fosforescentes aumentaban; las algas, que parecían serpientes, despedían una luz temblorosa como la de los fuegos fatuos. Los peces me contemplaban atentos y saltaban hacia mí y hasta a través de mí. Nunca imaginé que habría tales peces: exhibían líneas de fuego en todos sus contornos, como si hubieran sido delineadds con un pincel luminoso. Más allá flotaba algo horrible, lleno de brazos gemelos.

Ví después, entre obscuridad, una espesa masa de luz, compuesta por multitudes de peces que se amontonaban en torno de algo que me pareció un trozo de buque. Ayudado por la luz que despedían pude ver a varias formas fosforescentes que los peces despedazaban a mordiscos. Fué entonces que traté de atraer la atención de Widgery. ¡Cielos! ¡Hundiéndome en medio de todas esas cosas medio comidas! ¡Si no hubiera sido por tu hermana! Había grandes agujeros en sus cuerpos, Bellows y... No importa. ¡Pero fué espantoso!

Durante tres semanas permaneció Davidson en este singular estado, contemplando lo que nosotros imaginábamos un planeta fantástico y permaneciendo completamente ciego para el mundo real. Pero un domingo, cuando llamé a su casa, me encontré con el anciano Davidson en el comedor:

¡Ya ve su dedo pulgar—exclamó el anciano caballero en un transporte—. ¡Ya puede ver su dedo pulgar, Bellows!—repitió con los ojos llenos de lágrimas—. ¡El muchacho sanará pronto!

Corrí al cuarto de Davidson; lo encontré contemplando un libro que sostenía delante de sus ojos, riendo en forma débil.

—Es asombroso—dijo—; aquí hay una especie de sendero—lo señaló con el dedo. Estoy entre las rocas, como de costumbre y como siempre, también, me rodean los pingüinos; pero colocando "aquí" cualquier objeto, ya consigo verlo, un poco vago, y roto en partes, pero es lo mismo: consigo verlo. Ya noté eso esta mañana cuando me vestían. Es algo así como un agujero en este mundo infernal. Pon tu mano al lado de la mía. No. Allí, no. ¡Ahí, sí! Ya la veo: la base de tu pulgar y un pedazo de puño. Es un trozo de tu mano recortado contra el cielo: a los lados van apareciendo estrellas.

Desde ese día, Davidson comenzó a mejorar y los comentarios que hacía acerca del cambio paulatino que iba experimentando, resultaban convincentes. En algunos trechos, su fantástico campo de visión empezó a tornarse débil y transparente, y a través de esos espacios translúcidos pudo ver, vagamente al principio, el mundo real. Los espacios fueron creciendo en número y tamaño y luego se fundieron en uno solo: ya eran insignificantes manchas las nebulosas que se presentaban delante de sus ojos. Pronto pudo levantarse y comer sin ayuda, leer, fumar y conducirse como una persona normal. Al principio le resultaba muy confuso el tener ante su vista esos dos cuadros que se sucedían uno al otro como las proyecciones de una linterna, pero al poco tiempo aprendió a distinguir el mundo verdadero del ilusorio. Esto le produjo gran alegría y puso el mayor empeño en apresurar su curación, tomando tónicos y haciendo ejercicio; pero, a medida que la fantástica isla se fué alejando de su visión, su interés por ella se fué acrecentando y experimentaba el imperioso deseo de internarse de nuevo en el mar profundo. Empleaba bastante tiempo en pasear por los alrededores de Londres, tratando de encontrar el barco de su sueño. La luz del día pronto arrojó sus efectos sobre él, desvaneciendo sus sombrías visiones, pero a la noche, en un cuarto oscuro, aun podía ver a las rocas salpicadas de blanco y a los pingüinos balanceándose por la isla. Pero hasta esas visiones nocturnas comenzaron a perder su nitidez, y poco tiempo después de haberse casado con mi hermana, las contempló por última vez.

Y ahora viene lo más extraño de todo el relato. Una noche, dos años después del restablecimiento de Davidson, estaba yo cenando en su compañía y en la de toda mi familia, cuando llegó un señor llamado Atkins, teniente de la Armada Real, hombre muy simpático y conversador. Pronto se estableció una especie de intimidad entre él y yo. Al contarme que estaba comprometido con la prima de Davidson, sacó de su bolsillo un sobre con fotografías, para mostrarnos un nuevo retrato de su novia.

¡Ah!, aquí hay una fotografía del viejo Fulmar—dijo.

Davidson le dirigió una ojeada casual, pero de pronto se iluminó su rostro:

—¡Gran Dios!exclamó; casi juraría...

—¿Qué?—preguntó Atkins.

—Que ya había visto ese barco antes.

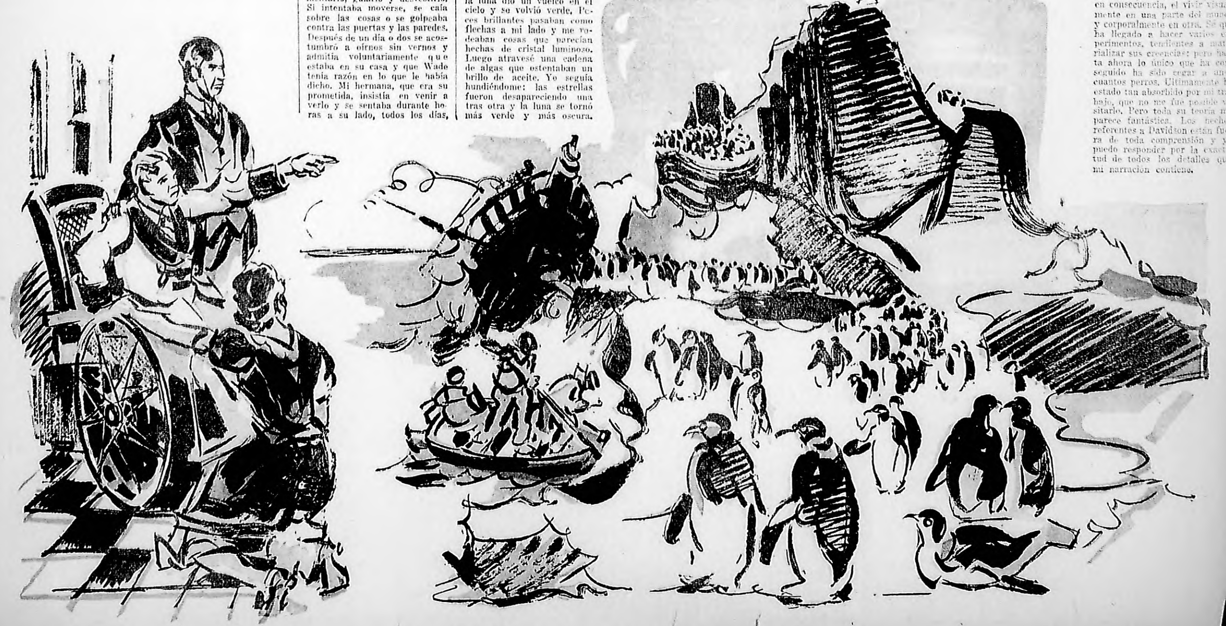
—No puede ser. No ha salido de los mares del Sur por seis años y anteriormente...

—Pero, sí—interrumpió Davidson—. Ese es el barco que vi en mi alucinación. Estoy seguro. Se encontraba en una isla llena de pingüinos y desde su cubierta hicieron fuego con una escopeta.

—¡Al diablo!—exclamó Atkinson, a quien ya le habíamos hecho un breve relato del caso de Davidson—. ¿Cómo pudo soñar eso?

Y entonces, poco a poco, se fué descubriendo que el mismo día en que Davidson quedó ciego el Fulmar había anclado en las Islas Antípodas, mientras parte de la tripulación, en un bote, se dirigía a la playa en busca de huevos de pingüinos. Una gran tormenta los detuvo y decidieron esperar a que aquélla pasara para regresar al barco. Atkins fué uno de los tripulantes y corroboró una por una las descripciones que Davidson hizo de la isla y del bote. Fuera de toda duda, Davidson vió el lugar. En forma inexplicable, mientras estaba en Londres, su vista vagaba por la distante isla. Cómo, no se sabe.

Esto completa la notable historia de los ojos de Davidson. Es quizá el caso más auténtico de visión a larga distancia. No existe nada que pueda explicarlo: Wade se ha formado su propia teoría al respecto y ha dicho algo acerca del espacio y de la Cuarta Dimensión, pero para mí estas palabras carecen de sentido, pues no soy un matemático. De su teoría parece desprenderse que el electro-magneto, entre cuyos polos se hallaba Davidson, al recibir el súbito cambio de fuerza causado por el rayo, imprimió una fuerte sacudida a los elementos visuales de aquél. Y cree posible, en consecuencia, el vivir visualmente en una parte del mundo y corporalmente en otra. Sé que ha llegado a hacer varios experimentos, tendientes a materializar sus creencias; pero hasta ahora lo único que ha conseguido ha sido cegar a unos cuantos perros. Ultimamente he estado tan absorbido por mi trabajo, que no me fué posible visitarlo. Pero toda su teoría me parece fantástica. Los hechos referentes a Davidson están fuera de toda comprensión y yo puedo responder por la exactitud de todos los detalles que mi narración contiene.





# La Enorme Soledad

★

SOBRE la aldea se adormecía un dulce rumor de siesta. Lejos cantaban los ríos. Tendido sobre la tierra fresca del fondo del taller, el hijo del carpintero miraba extasiado un rayo de sol que se colaba por entre las rejas. Contemplándolo avivaba en su alma la constante imaginación de sus paisajes interiores. En esa forma la realidad de su vida se poblaba de ensueños.

En la aldea había una carretera de arenas pulidas y brillantes. Parecía una franja de sol a lo largo de la montaña. Por ella — los domingos — iban los aldeanos a la iglesia parroquial. Por ella chillaban alegremente los ejes de los carros que volvían del monte. Sobre sus arenas quedaba la sangre pasional de los hombres embravecidos.

Por él imaginaba el hijo del carpintero que marchaban infatigables peregrinos rumbo a una iglesia perdida en la montaña. Una iglesia humilde. De pobres y austeras paredes. Con una veleta carcomida girando torpemente allá en la punta del campanario. Una iglesia abismada bajo la soledad del infinito.

Nacida de un sueño había llegado a la vida con acogedora cantidad. Los jóvenes viajeros que se dirigían a ella marchaban alegres. Tardo el paso, los viejos que seguían a los jóvenes, ayudándose con los cayados de cerezo, miraban hacia arriba, ardidas sus miradas por la resplandeciente luz del cielo. Atrás quedaban los caminos. Los polvorientos caminos andados. Más lejos sus aldeas. Los ahumados hogares. Pero finalmente, después de siete auroras encontradas en el viaje, los acogía el consuelo del descanso. La eterna esperanzada promesa, simbolizada en una imagen sufriente, le hacía un lugar de paz en la tierra. Y ante sus brazos abiertos al mundo, consideraban que todas sus fatigas eran pocas y pocos sus dolores. Pocas para ofrecer en pago de la bendición tendida sobre los trigos por Aquel que le ofrecía los brazos desde la cruz. Y allí estaban, apagados como la tierra, desnuda el alma, en el recogimiento de aquella iglesia imaginada en un rayo de sol caído por entre las tejas desde remotas alturas.

En la blanca iglesia parroquial, a la que iba el hijo del carpintero todos los domingos y fiestas de guardar, hablaban de errores y de pecados. El cura de las barbas de chivo parduzco prohibía la música en el atrio y condenaba a los trasnochadores que tornaban cantando de las aldeas vecinas. Les tasaba el vino. Y los males realmente no existían en la aldea. Fuera del loco aquel que mascaba los cigarros y espantaba los perros, todos rezaban al sonar el Angelus. Pero el mal tenía su historia. La encerraban aquellos libros que el cura leía en el púlpito severo y temible. Por ellos dejaron de alegrar los pinares los cantos nocturnos. Se apagaron las voces. Y sin embargo las almas existían. Quizás únicamente si esos libros se quemaran el miedo abandonaría a los silenciosos aldeanos. Dios estaría nuevamente con ellos. No se quedaría tan sola la noche en los caminos. Todo sería como en aquel tiempo en que se juntaban los hombres y las mujeres y las estrellas entendían sus cantos. Pero desde que el cura interpretaba oscuramente sus pasiones, y ellos obedecían, las estrellas se quedaron solas en el cielo.

El hijo del carpintero era un muchacho vagabundo. Haraganeaba todo el día por los caminos haciendo flautas para imitar la música de los pájaros. De esa manera no le pesaba la tarea campesina y su cuerpo crecía derecho como un álamo. Siempre con la falda fuera, semejante a un perdido, escapando con sus miradas temerosas a los aldeanos, hacía sus excursiones con el loco del pueblo por las huertas y los pinares profundos que circundaban las casas dormidas en el valle. En ocasiones se iba hasta el pueblo vecino y se juntaba en las tabernas a los borrachos que estaban de paso hacia otras lejanías. Aprendía sus voces. Las traía a la aldea. Y las bandadas de gaviotas emigrantes que también estaban de paso hacia otras latitudes se llevaban sus miradas costantemente viajeras.

Soñando en los paisajes que le describían los que habían ambulado por ellos, una tarde, tras el cerco de una huerta, le hizo escuchar al loco una canción de romeros que cantaban todos los que vuelven de las peregrinaciones. Era una canción corta y suave como el murmullo de una Ave María. Su propio acento apenas descansaba en la memoria. Pero al loco le emocionó tanto que le ofreció un cigarrillo.

Era esa la primera vez que escuchaba una confesión así. Rodo la miraba deteniéndose en sus andrajos. Simultáneamente pensó en la iglesia, de la que hablaba su canción de romeros. Y como si eso desentrañase algún pensamiento remoto y muy viejo, le dijo por lo bajo:

—Procura de que el Sr. Juez no lo sepa.

—El tampoco los paga.

*POR*

C. T. Torrecilla

*ILUSTRACION DE FACIO HEBEQUER*

Rodo, el hijo del carpintero, se atragantó con el humo y no pudo responder. Continuó con su canción. Pero días después aún le mordía la contestación y no se explicaba porqué el loco se había ensangrentado las manos por librarlo a él de un rosal silvestre. Quizás el loco no era tan malo como decían. Era cosa de pensarlo. Aunque su locura le daba por tirarse de noche en el pajar a contar las estrellas con los dedos. Y eso no era de mortales. De ahí que aseguraban sentenciosamente los aldeanos que alguna noche la luz misteriosa de la luna lo arrastraría al fondo del río. Una noche cualquiera de diciembre. Una de esas noches que aquietan el alma, se adentraría la luna en su locura con la suavidad de la muerte. Entonces se le pondrían vidriosos los ojos a los perros y ladrarían de espanto.

—Ven, entremos — le dice Rodo un anochecer en que la luna comienza a despedirse del horizonte.

El loco vacila. No puede penetrar la obscuridad con sus ojos asustados. Pero como en la obscuridad hay un incitante olor a mosto y se siente gotear el pico del lagar, obedece y le sigue. Afuera el silencio. Las ventanas de la aldea brillan con resplandor de fiesta.

—Esta es mi flauta y la canción la he aprendido de mi abuela — agrega Rodo en la obscuridad de la bodega.

Su abuelo era ya muy viejo y había olvidado hacía años sus recuerdos. Antes enseñó muchas cosas. Vivían aún en el alma adormecida de la aldea.

El vino corría y las gargantas ardían de contento. La canción afiebraba las venas. Bien se sentía que era para cantar.

—¡No, alto, no! — ataja Rodo suspendiendo la música de su flauta.

—Echa más vino. Las canciones son para cantar. Eso es claro como la luna.

Hormiguean los cuerpos y la canción nuevamente se escurre por el tragaluz hacia la noche. Vuela cada vez más lejos. Igual que si la noche la extendiese y las estrellas la entonacen en el cielo. Rueda sobre el rocío nocturno y su frescura arranca otras voces detenidas: Voces de la aldea remansada en el silencio con las que torna la alegría de no haberse olvidado de cantar.

Los pájaros del monte sorprendidos en su sueño han abierto sus ojos redondos y se han quedado suspensos a escuchar la fiesta del hombre. Noche como todas las noches estrelladas se apretuja en el valle y está silenciosa para que los juncos de la orilla del río silben la canción del viento aromado y se mezcle con la del hombre perdido en la vida.

Corren las voces. La aldea es ahora más simple e inocente y hasta sus complicaciones no se detienen en el corazón. Se alegran los ojos de los viejos labradores. Olvidan sus costumbres adustas. Lo que muestra que no todas las cosas tienen el rezo temeroso del perdón.

Ese canto perdido, de alegrías lejanas, ha llegado a las almas con el sabor de pasiones contenidas. Lo mismo que si Dios lo mandase al mundo para recordarlo. A su influencia se han ensanchado los pechos y las copas corren en la taberna y en los hogares igual que entre hermanos. Nadie se preocupa de nada. Se ríe fuerte y firme porque se ríe con el corazón. Bajo esa atmósfera cálida hasta los seres que se amparan en la amistad compartida de la taberna por falta de ternura para llenar sus horas de soledad, se sienten conmovidos y descansan sus ojos en la mansa luz de la lámpara que llena el ambiente de una dulce suavidad de hogar en reposo. Flota en los viejos contertulios una cordialidad de íntimas confidencias que por momentos hace penosa la alegre reunión. De pronto el patrón del barco pesquero, el torvo capitán, ahogado por muchos suspiros contenidos, rompe el círculo que rodea la jarra del vino, echa la mitad del cuerpo fuera de la ventana y lanza su voz contra la noche:

—¡He! loco. Parto al despuntar el alba... ¿Quieres ocupar media plaza a bordo?

El loco no contesta. Mira asombrado la ventana buscando una idea que se asemeje a algo distinto a todo lo que ocurre en la aldea.

—¡Media plaza!... ¿Has entendido? — repite el capitán con su voz de distancias.

No. No puede entender. Allí está también su compañero que tampoco acierta con el juicio del capitán.

—Toma. Ahí va una moneda de plata para que no olvides el primer canto del gallo... Mañana al despuntar el alba.

Y la ventana se cierra ahogando los gritos de alegría que celebran la ocurrencia del capitán.

Ellos quedan bajo la noche, como pájaros encantados. La palabra del capitán no es moneda que se cambia. No acostumbra a hablar donde no quiere que le sientan. Es hombre que de vuelta del mar toma unas copas con unos amigos que saben de juramentos y que, como él, evitan complicaciones con la gente limitada a sus costumbres de aldea. Cuando está alegre les dirige frases a las mujeres y las invita a los recodos de los caminos. Fuera de eso es un hombre con su cara al Norte, en busca de un destino.

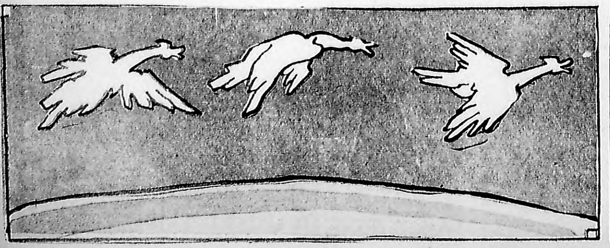
Pero en este momento la palabra del capitán ha tenido para ellos otro misterio que el de sus redes y sus barcos olientes a brea. Han quedado en la noche huérfanos de pasado. Cada uno con sus ideas. El hijo del carpintero pensando en que para navegar al amparo de las velas es preciso ropa de aguas impermeabilizadas con aceite. Para el mar una botas casi del tamaño de su cuerpo. El loco con la vista en las estrellas del Norte aspirando, hasta sofocar el pecho, el suave olor a pan caliente que llena los caminos. En la aldea, tras los cristales, las luces vacilantes de los hogares adormecidos. Cada uno con sus ideas. El loco, lejos la vista, poseído de una verdadera alegría indefinible como la luz silenciosa de la luna. Rodo con la pausa de un canto en el alma y otros silencios que moldean la aldea en la quietud.

Sobre ellos el frío que se intensifica para hacer más puro el resplandor de la luna en las praderas adormecidas.

Allá lejos, en el horizonte dormido, el mar recogía la luna entre el albor del amanecer. El hijo del carpintero de la parroquia pensaba en su canción. No estaba tan alegre como cuando la cantaba él únicamente. Pero tampoco le entristecía que la supiesen los demás. La gente de mar reunida en la taberna esperaba la hora de la partida entendiéndose confusamente con palabras resecas de aguardiente. Del mar llegaba el acompasado batir de las olas en la arena.

La canción que emocionó a la aldea había arrastrado al loco, invadido de alegría, hacia el mar. Y la canción hablaba de los romeros que marchan bajo el sol a través de los caminos polvorientos, animados por la armonía de sus voces. Rodo, que la había hecho llegar animada con su aliento a los tibios hogares, estaba allí, solo, ajeno al sueño de la aldea, recostado contra un almiar, con una colilla olvidada entre los dientes como un hombre qua al asomarse al mundo se hubiera quedado sin canciones. Así, mientras el cielo se arqueaba con la luz del amanecer y la aldea comenzaba a despertar con el ceño adusto de todos los días.

Sin valor para proseguir un sueño, calado por el frío de la noche, permanecía con la vista tendida a lo lejos, mirando a través de las lágrimas que se helaban en sus ojos. Veía el campanario de la iglesia parroquial y más cerca del mar. Un paisaje turbio y frío que lo compenetraba más de su soledad. Más lejos, blanqueando entre los pinos del monte, un trozo de carretera con rumbo desconocido. Quizás el camino de sus canciones. Más cercano un temor. Volvió sus ojos al mar tranquilo y liso como una lámina de acero opaco. En él reflejados los pinos, los palos de los barcos, el cielo. Allí, contra una parva húmeda y fermentada, él, entre los hombres, aislado en su enorme soledad.



# Museo de la Confusión

EL hombre del 57 (no del tranvía, ni de los botines) se diferencia, a no dudarlo, fundamentalmente, del hombre del 914. Fué el propulsor de los puños blindados, la pechera parapetada, los cuellos Mihura y los tiradores con roldana, aparejos y cahias. Dijo en el momento oportuno sus verdades de a chuño, escribió de cuño y lepra y con un gran desconocimiento del podómetro animó al generalato ecuestre y entonó luego cantos al Niágara y al Ciénaga y terminó preconizando la necesidad impostergable del tute y del ta-te-ti desde la tribuna de un PEN club o la tarima de una cátedra consejera, educacionista y secundaria.

El señor Calixto Oyuela no podía traicionar al almidón, a los puños Shorton, a los tiradores de castidad ni a los alpinistas con charreteras. Haciendo honor a sus antecedentes acaba de declarar por intermedio de un mitrogenado de repetición con sucursal parisina en Champs Elisée 127 que debemos hablar como escribimos y que los maestros en las escuelas primarias deberían evitar los abusos cada vez mayores del voseo.

Sobre el primero de estos problemas tengo la esperanza de que poeta-filólogo no pretenderá que hablemos únicamente desde la posición sentado, en mangas de camisa (o de cuello en su caso) con un petit Larrouse detrás de la oreja y frente a un vasto tintero o a un busto de Balsac. No creo tampoco en la conveniencia de mantener largas conversaciones en minúscula, bastardilla, gótica o negrita, rodeados exclusivamente de timbres postales, papel guarro, goma arábiga, recuerdos de Gutenberg, manchas de tinta, pisa papeles y plumas cucharita.

Si yo fuera un charlista español, un García Sanchiz, protestaría tres veces seguidas. Primero por la campaña de Canixto, segundo porque no desearía ser un charlista español y tercero porque siempre he tratado de diferenciarme de García Sanchiz y demás productos de importación. Lo que pretende el reformador lingüístico según lo manifiesta en el rotativo nombrado, es lo siguiente: la unificación entre la lengua escrita y la lengua hablada. Esta medida me parece uno de los pocos aciertos del filólogo y quizá consiga librarnos de una vez por todas de los lilingües y de los tilingües que sólo pretenden cometer faltas ortográficas, poblar el ambiente de asteriscos, abrir paréntesis y cerrar comillas, cuando escriben y no se animan a hacer uso de estas facultades cuando parlan, hablan y aburren. Otros problemas preocupan también a Cuellixto. Veamos:

Hay entre nosotros una tendencia natural a contraer y muchas palabras se tornan ásperas. Con la palabra "seibo" sucede algo parecido. Se ha popularizado la expresión "seibo", que es del todo incorrecta.

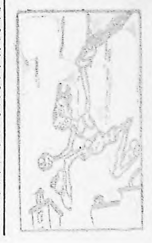
Ignoro lo que quiere decir seibo y hasta dudo que exista algún adminículo que responda al nombre de seibo. Hasta la fecha y haciendo gala de un cecco conmovedor, sólo he descubierto que ceibo con c y aligerado de acentos es una recurrida planta americana muy utilizada por ciertos gauchos marginales, algunos zorrinos de San Martín y determinados reseros, mensuales y domares que habitan ribereando el Paraná y otros sistemas acuáticos. El huído Spano la practicó con éxito variado, evitando hacer alusiones al seibo y cambiarnos la flora, la fauna, y la mineralogía. En la actualidad, exceptuando a uno que otro mucamo dedicado a la calixtenia, a determinados parlanchines galaicos y a ciertas momias en decadencia, todos, hasta los italianos, nos inclinamos por el ceibo y el caballo oscuro, evitando los seibos y las caballerías obscuras.

Sobre la supresión del voseo, mi opinión se inclina más bien a suprimir el boxeo en las escuelas primarias entre los nonatos, gnomos y bacarais que las frecuentan, dejando para otra oportunidad la innovación de comunicarse a base de te, tí, tu, tatú, tití, tatetí, etc.

★

Con la terminación del año eclesiástico, la santificación de Juan Bosco y las cercanías del Congreso Eucarístico, son muchos los hereies que se han dedicado a explorar el antiguo testamento, el Mea Culpa, el secula seculorum y las andanzas y propiedades de algunos santos. Yo también caí en esta curiosidad. Me enteré así de las actividades de un señor Nicolás Factor que tallaba por Valencia, Barcelona y regiones circunvecinas allá por el año 1580. De lo que era capaz el santificado nos instruyen los siguientes datos, que me ofreció cierta revista en su inofensiva sección titulada "Lo que fueron los Santos en el Mundo". Veamos:

El Señor le glorificaba aún en el púlpito con raras y estupendas maravillas, porque casi siempre que predicaba se arrobaba con éxtasis seráficos elevándose algunas veces su cuerpo en el aire sin tocar con los pies en el suelo, y después que volvía en sí, proseguía el sermón tomando el hilo del discurso, donde lo había dejado. Y no sólo predicando gozaba el siervo de Dios de estas delicias divinas, sino que también celebrando el divino sacrificio, dando la Comunión, conversando de cosas santas, en su celda, en el confesionario, en las públicas procesiones; de suerte que por muchos años fué casi todos los días y por varias veces elevado en éxtasis, que alguna vez duraban horas enteras. Transformábasele entonces el semblante, poniéndosele muy encendido y hermoso, despidiendo a veces rayos de lus, y ardiendo sus carnes como ascua. Predicando en Barcelona se elevó de la tierra más de un palmo en presencia de un concurso numerosísimo.



Es indudable que todos estos hechos hay que estudiarlos con detenimiento. De acuerdo a la época en que actuó, podemos opinar que el volátil ha sido un gran precursor de la aviación. Si pensamos que trescientos años después de la actuación de Factor es vuelo mayor efectuado lo fué a una altura de tres metros del suelo (sin garrocha) durando apenas unos cincuenta y dos segundos, nos damos cuenta del valor verdadero de las marcas del glorificado valenciano. Desde el punto de vista del conferenciante, del tête a tête, del confesor y de la sociabilidad, yo creo que a Nicolás como a Cattáneo se le rompe el aparato y queda excomulgado. Evidentemente, no veo la ventaja de que el predicador, el confesor, el galán joven o el anfitrión en medio de una frase cualquiera comience a remontar vuelo, a escalar el altar mayor, a desaparecer por el campanario, a sermonear desde la cupula y a dar por finalizado sobre el techo de la abadía la peroración que se iniciara en el salón de actos de los cofrades o en otras instalaciones del convento. No comprendo tampoco cómo se las arreglaría el santo para decirle a Lázaro, levanta o para dar de beber al sediento si se pasaba el día mariposeando entre el cúmulo de Cirrus, papanateando detrás de una mosca, cazado a hondazos por los feligreses, o corrigiendo los borradores sobre la veleta de la capillita rural. Inexplicables resultan también esas transformaciones en calentador Primus, en termo cauterio, en soldador autóctono, en meteoro, en bólido, en volcán de 3 a 5 y en parrillada mixta de 8 a 12. Recién ahora me explico los peligros de los gobiernos de Fáctor.

*POR*

ANIMULA VAGULA

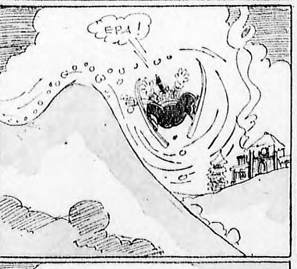
*DIBUJOS DE RODRIGUEZ*

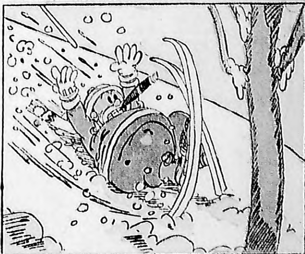
# El Nuevo Rico  *por H. Rodríguez*














CUENTO CRIOLLO

# «MELITON»

*Un secreto inconfesable hace que la protagonista de este cuento viva la mayor parte de su existencia sumida en una tristeza infinita, motivada por una circunstancia imprevisible, después de haber sido inmensamente feliz.*




TARDE de verano. Sol radiante que acuchilla. Atmósfera de horno. Campo inmenso; campo verde, verde sucio; poblado de cardos y abrojos, de abre-puño y altamisa, mostrando los playones bayos de la "cola'e zorro" y los erizados matorrales del pasto puna.

En el patio del rancho, a la sombra de los paraísos, un matrimonio anciano matea "haciendo la tarde". El viejo trenza, trenza con desgano; pelea con la pachorra y las moscas que lo atacan. A su lado, sentada en una petisa "di'unco", misia Claudia, su mujer, da el frente al camino. Doblada sobre la silla, casi tocándose las rodillas con la barba, es un montoncito insignificante.

Con frecuencia se oye el chasquido de los salivazos que D. Zoilo da con la trenza, y el ruido que produce la bombilla, cuando terminando un amargo, lo exprime en los últimos sorbos. La anciana estira suavemente un brazo, a tientas, de revés y lo recoge.

A un tiempo, con el alba, pusieron los "güesos" de punta esa mañana. Quizá uno esperaba que lo hiciera el otro para imitarlo, y en un rincón del cuarto en penumbra, ante una imagen santa, la anciana comenzó sus rezos, como cuando se acuesta, implorando salud para su hijo.

Apenas si han abierto la boca para hablar lo necesario en lo que va del día, como ayer; como desde aquella tarde, en que Melitón, después de ensillar su picaso tero, "ta luego", dijo, y volcando en la rienda a su montao dió espaldas al rancho y se alejó al tranquito por el camino, desapareciendo en los bajos, apareciendo en las lomas, metiéndose en el horizonte.

Nunca más "naides" supo dar noticias de él.

Mucho se dijo en el pago comentando aquella desaparición. Y misia Eulogia, la "culandrera" del lugar, galopó a todos los rumbos en su yegua baya, recorriendo la vecindad, asegurando conocer el motivo — con pelos y señales — de aquella ausencia misteriosa, y recomendando a la vez, "que no jueran a'cordarse de qu'eya había andao hablando d'ese asunto, porqu'eya era muy desente y no le gustaba andar en la legua'e naides por cosas tan delicadas".

Rato hace que permanecen en esa actitud de indiferencia. Finalmente D. Zoilo se decide a prenderle cuarta a su mujer, y tironear hasta arrancarla del pantano de los sufrimientos. "Sufre tanto la pobrecita... ¡jué pucha!... cosa'e no crer... Ah, ah; sí pues, sí... ¡Ya lo creo!"

—Animo, vieja... No t'entriegues... — dice con mucha calma, abandonando la trenza. Y sentándose a su lado, con más calma todavía, se dedica a armar una hebra gruesa. "L'hija el toro".

La viejita se yergue suavemente empeñada en mirarse la punta de las alpargatas.

Porfía D. Zoilo:

—Si seguís ansina te vah'a enfermar...

La viejita se iergue suavemente en la silla, observa a su marido con mirar lánguido, y vuelve, suavemente también, a su posición anterior.

D. Zoilo golpea la yesca, enciende, despide humo por boca y narices y escupe sucesivamente para expeler un residuo de tabaco que se le pegó en la lengua.

Cuando parecía que no iba a obtener respuesta, llegó aquélla.

—Si m'enfermo, no te priocupes por mí... — habló misia Claudia, con voz opaca, pero serena, pausada, sentenciosa, sin dejar de mirar el suelo, — yo no merezco el trabajo de ningún cuidao... Dejá no más que la muerte cargue conmigo... Ansí dejaré d'estar sufriendo, y descansarán mis güesos... que ya no pueden yebarme...

Mientras con el meñique golpea la ceniza de su cigarrillo, el anciano medita un tanto la respuesta.

—¡Sonseras! ¡Sonseras!... — dice casi retando, y después de una breve pausa, prosigue con palabra suave: —"Ya es tiempo que dejés di'andar penando... ti'has pasao una carrada de años yoriquiando día y noche... A ocasiones parece que jueras aujeriar el suelo con loh'ojos, no loh'apartás un chiquito'e la tierra... ¿y tuito eso pa qué?... ¡si el endino no lo merece!

Por toda respuesta, la anciana se desata en llanto convulsivo; resfriada repentinamente por las lágrimas, moquea sin cesar, mientras D. Zoilo continúa "pitando" con indiferencia. Mira sin ver a su zaino mula, que allí a la sombra de un ombú nuevo, hace silbar la cola sin descanso, cortando el aire, acosado por la mosca.

El pensamiento del anciano marca rumbos, los galopa, va y viene, no le da tregua. De pronto se detiene en su mujer. "Pobre vieja — piensa D. Zoilo —; se va consumiendo como vela'e sebo... ¡mesmamente!" Pero en realidad, él no comprende ni sospecha la tragedia que vive su cónyuge. Todo lo atribuye a la desaparición del hijo. "Porque, pa decir verdá, él también ha pasao sus malos ratos, por la mesma causa... Ah, ah, sí..., ni qué decir! Claro está que loh'ombres no se dueblan a dos tirones por juerte que sea el sogazo... y di'hay que no le ha sido dificil echarse al hombro la carguita'e penas que le trujo aquella ausencia".

Y lo que en un principio fué dolor y desventura, con el tiempo se convirtió en hábito: el matrimonio se entiende con gestos, evitando palabras.

El comenzó por andar siempre alunado; ella llorosa, al borde de la idiotez, sacándole el cuerpo a una posible interpelación que no llegó nunca, siempre cubierta su cabeza por un pañuelo que le ayudaba a ocultar su mirada falta de franqueza, siempre propensa a delatar su delito.

La anciana ha cesado de llorar y el cigarrillo de don Zoilo ya es pucho.

—¿Querés otro amargo?... — dice misia Claudia, dedicándose a cambiar parte de la cebadura, ya fría.

—...Güeno; pero... dejá, viá cebar yo...

—¡Va hombre!... ¡Faltaba más! — contesta la anciana, un tanto molesta, intentando resistirse. Chocan torpes las manos secas y huesudas por la posición del mate.

El pequeño incidente ha hecho el milagro de que el matrimonio se contemple a la cara unos instantes. Ambos quedan perplejos, acobardados; se desconocen. "¡Cómo estás de viejo!", parecen decirse mutuamente y vuelven a observarse con curiosidad, mezquinándose la mirada.

Hoy hace veinte años que desapareció Melitón. Veinte años que han transcurrido preñados de desvelos y de esperanzas para la desdichada madre; que han hecho un andrajo de la hermosa mujer que fuera en sus tiempos misia Claudia; más que un andrajo, una garra seca. También ha dejado sus huellas en D. Zoilo; una marcada fisonomía de vizcachón viejo, se dibuja en la cara de aquél, poblada de barbas tordillas, ralas y descuidadas.

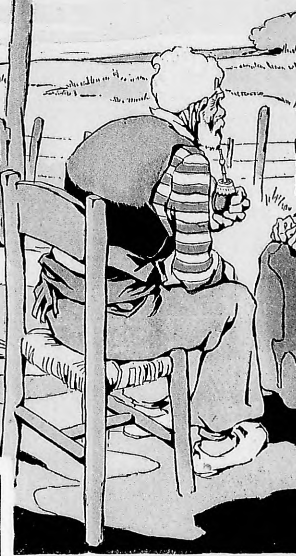
"¿Por qué dejaron de visitarlos las de Lemos?" — se ha preguntado un sin fin de veces don Zoilo, sin atreverse a investigar. — ¿Las de Pujales? ¿Las de Pavón?... ¡Ah, ah!... ¡Si parece cosa'el diablo! Desaparecer Melitón y pegar la espantada chúcaras como guayquero, jué todo uno, y cuando más falta le hacían a su mujer. ¡Güenas liendres debían ser!... ¡Ya podían dirse tuitas juntas al mesmo infierno!" Y no han sido pocas las veces también que ha debido contener su indignación, no pudiendo substraerse a los gratos recuerdos que en tropel le pisotean la mente, trayendo en ancas gratas memorias. Muchas veces, acodado en la tranquera, pitando un chala "pa dir" matando el tiempo, ensimismado en sus recuerdos, ha pasado largo rato, en amables soliloquios.

¡Ah tiempos aquellos!... Con la oración comenzaban a llegar los invitados; el pago entero se volcaba a su rancho a participar de las fiestas que se realizaban en homenaje al onomástico de Melitón. De a caballo, en sulkis y charrets; luciendo los mejores fletes y aperos los mozos; comunicativas y bulliciosas las mujeres, sonando a chala seca sus enaguas almidonadas, al hamacarse por el andar "sensoniao" de sus cuerpos, luciendo vinchas de colores vivos o tamaños moños, acollarando un par de trenzas "macuas" sobre sus espaldas.

Durante la noche, desde los palenques, llegaba incesante el monótono rodar de las coscojas.

Y como el pensamiento no tiene riendas, no ha podido evitar el recuerdo del trágico e inesperado fin de su compadre; hombre bueno al que no se le conocían enemigos.

¡Eso sí que "jué" un misterio!



Primero apareció el caballo ensillado, pisándose el cabestro y como a los "sais" meses, "custión" de días más o menos, en unos pajonales de los campos de Maina, el esqueleto de su compadre. Lo reconocieron por las iniciales que el "finao" usaba en la rastra del tirador, única prenda resistente a las inclemencias del tiempo. "D. B.": Dositeo Barragán. "Sí, sí pues... El dijunto no era otro que su compadre".

La policía, con tal de no andar trabajando, dijo que fué un accidente, que al finado lo había tapado el caballo de una rodada. Pero D. Zoilo, hombre conocedor de esas cosas, se ha hecho estas preguntas: "¿En un lugar ande no se puede salir del tranco, puede ponerse de poncho un hombre el cabayo?... ¡Qu'esperanza! Apenitas se hocique el animal, en las riendas se le levanta del suelo, y en dispués que el muerto era como gato pa parar. Güeno, y finalmente, ¿qué tuvo que dir a'cer a los campos de Maina su compadre? ¡No vé, no vé!... Clavao que a su aparcero lo dijuntiaron! ¡Y vean lo que son las cosas!, pa ese tiempo, justamente, desapareció Melitón. ¡Sabe Dios si no corrió la mesma suerte!"

Reiniciando el mate, entro sorbo y sorbo, dice D. Zoilo:

—No sé si me ha parecido, pero... ¿si no m'engaño, creo que te vide amasando esta mañana?...

—Sí; unas tortitas... — responde su mujer, con marcado misterio.

—Han d'estar güenas... — insiste el viejo —; lo qu'es... si conservás la mano de tus güenos tiempos pal amasijo...

—¡Qu'esperanza, Zoilo!... — aclara la viejita —; ya no soy la di'antes...

—Convidáme... Yo te viá dar mi opinión.

—Güeno — acepta misia Claudia, y doblada de la cintura se encamina a buscar las tortas.

La cola de la pollera parece borrar los pasos tras suyo, barriendo el suelo.

Esa mañana, la anciana estuvo luchando con la masa y sus escasas fuerzas; sus manos frías también fueron un inconveniente.

—Esta que parece un escuerzo — previene la anciana, indicando con un dedo la golosina — la tengo riservada...

—Güeno, vieja... Perdé cuidao...

El rostro escuálido y surcado de arrugas de misia Claudia, se contrae en una débil sonrisa, sonrisa que más parece una mueca. Y con el plato de tortas en la falda se ubica nuevamente en la silla, adoptando una postura que la vence, y torna a doblarse por fuerza de la costumbre, fijando sus ojos húmedos en el "amasijo".

D. Zoilo pelea con una torta que parece empeñada en no dejarse meter diente.

—¿Y pa quién es la riservada?... — inquiere el viejo, sin poder soportar por más tiempo la curiosidad que le quema el cuerpo.

—Pa Melitón — aclara la viejita, a tiempo que sus dedos nerviosos tantean la torta fenómeno, caprichosamente abultada por el relleno de unas lanas sarnosas, que las ovejas han dejado pendientes de los alambres de púa.

"¿Pa Melitón?", piensa el anciano, mientras carraspea componiendo el pecho. Y va a decir algo, pero calla; prefiere callar. La pobre de su mujer debe haber perdido el juicio. Tal el efecto que le han producido esas palabras. Pero de inmediato, contagiado por el optimismo de la anciana, interroga:

¿—Tenés noticias del muchacho?...

Misia Claudia se apresura a responder.

—La fecha, Zoilo... La fecha... — dice muy puesta en razón.

—¿La fecha?...

—Hoy cumple cuarent'años Melitón... — responde su mujer.

—Ah, ah... — apoya el viejo y queda ensimismado en los recuerdos. Su mujer lo observa de soslayo.

Al cabo de unos instantes, aquélla lo saca de las meditaciones en que ha caído.

—Deb'estar hecho un hombre... — dice, bailándole los ojitos.

—Ah, ah... Sindudamente, pero...

—¿Pero qué? — interrumpe misia Claudia.

—Cosas que se me ocurren, vieja... Han pasao tantos años ya... que se me hace cuest'arriba pensar que dé la güelta...

POR

ARTURO J. VASQUEZ

Juan Sorazábal

Un silencio prolongado se apodera del matrimonio, en el que D. Zoilo se dedica a armar un nuevo cigarrillo. El pequeño diálogo ha reconfortado un tanto el espíritu deprimido de la anciana, que con frecuencia escudriña el camino, estirando el pescuezo para ver a ras del cardal. Y en una de esas tiene un sobresalto.

—Ché, Zoilo... — dice fijando sus ojitos húmedos sobre un punto determinado — vos que tenés güena vista... fijáte a ver qu'es aqueyo que se ve en esta dirisión...

Después de mirar brevemente sobre el lugar, el viejo responde con aplomo:

—Tas viendo visiones mujer.

—Jesús y la virgen María, Zoilo... — levanta la voz la anciana, e indica apuntando con un dedo: —Ves acá... sobr'el espiniyo chico...

—Aurá sí; ah, ah... Es uno di'acabayo que viene pa este lao.

Callan. El viejo pita con mucha calma. Los ojitos de la anciana, iluminados, radiantes, van alternativamente del jinete que se acerca a su marido. Pone el plato con tortas en el suelo, se aliña la bata y sacude el vestido en las faldas, limpiándolo de migas.

El viajero ya está próximo. Avanza al galope largo de su azulejo overo sarco. Los cascos del animal elevan un cordón de polvo, que el viento cálido de la tarde, acuesta a un costado del camino.

Unos instantes más, y se oye repicar el galope en la huella endurecida por muchos soles. La viejita se pone de pie. Clava sus ojitos como chuzas en el jinete. Avanza un paso hacia su encuentro, dos, tres; se detiene, va a gritar: "¡M'hijo! ¡Melitón!", la emoción la ahoga, a tiempo que la voz del viajero, suena como un latigazo.

—Güenas tardes — saluda sin detener el galope.

—Adiós, amigo — contesta D. Zoilo, y agrega el clásico ademán.

Lechiguana, un perro picazo que forma parte del grupo, despierta por el galope. Da un largo tuerte, bosteza un rezongo y cambia de lugar despatarrándose en la tierra fresca.

Misia Claudia, que había desconocido al vecino nuevo que cruza, lo sigue un trecho con la vista. Sus ojos se llenan de lágrimas que la ciegan. Con las puntas del pañuelo que cubre su cabeza las enjuga mientras vuelve a la silla. Defraudada por el chasco, sumida en tristeza, doblada en su asiento, sigue siendo el montoncito de antes.

★

Dos años después, una mañana de primavera, el intermitente silbar de las perdices, anuncia que sale el sol: sol que se acuesta en la inmensidad, dorando el verde avivado de los pastos por el rocío, proyectando desmesuradas sombras al chocar en los matorrales, que ostenta el campo como berrugas. Algarabía de pájaros en el monte; bullicio de teros allá en el bajo.

Desde su lecho de enferma, la anciana es todo oídos. Rato hace que el tañir de un cencerro le golpea en los tímpanos. Cada vez más nítido, más fuerte, a medida que se acerca. ¡Ah! si ella pudiera levantarse aunque más no fuera, y ver. ¡Pero qué ha de ver, ni qué ha de levantarse! La fatalidad parece haberse ensañado con la infeliz mujer. Una parálisis a las piernas la tiene postrada en cama, y para hacer más desesperante su situación, apenas si sus ojitos perciben una débil luz.

Poco después, una voz aguda suena estentórea en la tranquera:

—¡Ave María!...

El llamado de aquel hombre sorprende a la viejita. El corazón le sacude el pecho por la emoción. Quiere responder; apenas si su garganta emite una voz delgadita como un hilito. Ahogada por la angustia, permanece a la expectativa, en una quietud de cosa muerta. Tanta es su atención que hasta oye el taladrar de un mangangá en uno de los horcones desmantelados.

Momentos después la anciana vuelve a sorprenderse; en el patio del rancho, las rodajas de unas espuelas marcan un paso lento que se aproxima.

Diana, su fiel compañera, que yacía echada a un costado de la cama, gruñe con inquietud; erizado el pelambre de su lomo, no se aparta de la enferma.

Misia Claudia la contiene.

—Diana... — habla en voz baja la anciana. — Quietita, Diana...

Celosa y obediente, la perra se abalanza sobre la cama; sin dejar de gruñir su disgusto, lame la mano de su dueña.

Cesan los pasos, y la voz del intruso, ya cerca de la puerta, se oye nuevamente, esta vez muy suave:

—Ave María...

—Sin pecado, hijito... dentrá... — contesta la anciana, ya serenada, con voz plañida.

Un hombre trigueño, de aspecto sencillo y recia estampa, vistiendo chiripá color vicuña, botas de potro, y un ponchito overo terciado sobre los hombros, franquea la puerta en actitud recelosa, sombrero en mano.

Ya en el interior del cuarto en penumbra, vacila un instante y se detiene; sus ojos acostumbrados a la claridad, se esfuerzan por ver.

Diana gime de miedo o de angustia ante el intruso, sin perderlo de vista; brillan sus ojos en la media luz del cuarto.

—Sentate, hijito...; ayí tenés un banco — invita la anciana y alargando un brazo indica el lugar donde acostumbra a haber un asiento de cuadril de vacuno.

El recién llegado no responde. Permanece mudo, como cuando entró.

—Aurita no más va'estar de güelta Zoilo — continúa la viejita —; jué hast'el pueblo de un galopito a'cer el gasto'e los vicios...

Recogidas las espuelas sobre el talón, para no hacer ruído, el intruso ha ido aproximándose a la cama. Ya sobre ella, contempla a la enferma que mira hacia el techo, buscando la luz que se ha ausentado para siempre de sus pupilas; el cuadro que presencian sus ojos lo atonta, le ablanda el cuerpo.

—¿Sos del pago?... — sorpréndelo la anciana, creyéndolo allá en el asiento.

El hombre no resiste más, y dejándose caer suavemente a su lado, estalla angustiado:

—¡Mama!...

Hay un instante de quietud embarazosa.

—¡Melitón! ¡Melitón!... ¡M'hijo!... — desespera al cabo la viejita, llevando los brazos a tientas. Presa de una emoción inenarrable, misia Claudia se aferra al pescuezo de su hijo; habla tan ligero que aquél no puede interpretar, ni ella sabe lo que dice.

Diana ha atacado al hombre por sobre la enferma, desgarrándole en certera dentellada la camisa de uno de los flancos.

El instante es supremo; la actitud agresiva de Diana ha pasado desapercibida.

—Mama...

—M'hijo...

Tiernas, acariciadoras, las manos de la anciana palpan recorriendo el cabello y la cara de su hijo, mientras balbucea:

—Era tu padre, hijito... Era tu padre...

—Perdón, mama... Perdón...

La viejita junta las palmas de sus manos en el pecho, y reza: reza por el difunto, reza por su hijo, reza por ella.

Mientras tanto, plácidas lágrimas descienden por los canales que forman sus mejillas rugosas.

Melitón las enjuga con las puntas de su poncho.



# La Terrible Salvación de la Aldea



POR

ALEXANDER BAITAS

*ILUSTRACION DE GUIDA*

LA pequeña aldea estaba al pie de la montaña como una rata entre las patas del león. Las casas se escalonaban una sobre otra; no era como n las aldeas de la llanura vecia, donde las calles principales, n sus hileras de casas pintadas e lila y amarillo tenían el aspec- de guirnaldas de cuentas de cores. Mientras duró la tala del bsque, se elevó una delgada comna de humo encima de las chieneas. Pero cuando ese trabajo stuvo terminado, después de la rrota de los rojos, la mayor par- del bosque fué interdicta a los cos y a los comerciantes indínas vendieron la madera más ca- que las empresas checas, connando la aldea a la ruína.

¡Setenta y tres granjas, cada a más pobre que la otra! Pore los que poseían dinero y calos hacía tiempo habían emigra-. Algunos, para huir de la miria, habían partido para la Artina. Entre los que quedaban el país, muchos se habían ido a ciudad vecina, donde hay una brica metalúrgica, otros habían scado trabajo en las viñas; ros, en fin, se fueron a Budaist. Pero la mayor parte retornan bien pronto sin traer otra co- que su desgraciada osamenta. ucho tiempo no hubo más que ntos, excursiones al escritorio la empresa forestal, visitas al utado rasista, al cura de la ala vecina, que venía cada dos dongos a decir misa. Pero en vano, guna ayuda vino a ese lado. Los icanos se creían ya definiteivaente perdidos. Pero en un diario Pest, apareció un artículo muy tallado sobre la aldea: "¡Salvad a aldea verdaderamente húnga-!" Ese artículo emanaba de un riodista amigo del diputado rasta. Y ¡milagro de los milagros! día de otoño, un rápido autovil se paró delante de la casa l guarda comunal (el alcalde haaba en la gran ciudad vecina). o era ni domingo, ni día de fies- y sin embargo del automóvil scendieron el cura de la aldea cina y un elegante y distinguido udadano.

En diez minutos el guarda comul convocó al son del tambor a da la población de la aldea. ando todos los habitantes esturon reunidos delante de la ca- del guarda, el cura dijo un disrso al pueblo. Lo que dijo era n más bello que el más bello de s sermones. La miseria de la ala había emocionado a toda la marca. Escritores, periodistas, gunos grandes señores de la caal, habían resuelto salvar la dea. Ellos habían reflexionado efundamente sobre la manera de nir en su ayuda. Habían, por lo onto, examinado el proyecto, oponiendo hacer colonos de sus bitantes, que el Estado pusiera su disposición terrenos a un pre- muy conveniete. Pero ese procto no les haba parecido aceptble. Primero porque ya hay un mero demasiado grande de proctores, y segundo porque no había dinero disponible para fundar una colonia. En lugar de esto habían decidido hacer de la aldea, en razón de su buen aire de montaña, una importante estación sanitaria. "El señor que veis, habitante de la capital, ha venido directamente de Buda pest, encargado por ellos de transmitir la feliz nueva a la aldea. Escuchad con atención y reconocimiento al señor de Budapest".

El señor de la ciudad tosió ligeramente.

"¡Queridos conciudadanos! ¡Escuchad de qué se trata! Se trata —voy en seguida al punto capital —se trata de realizar para la aldea una renta mensual de 800 "pengo".

Los auditores abrieron grandes los ojos. Se acercaron un poco más.

"El beneficio es mínimo y un poco insólito. Pero no os inquietéis, este es el primer paso hacia el desarrollo de la aldea y de una estación sanitaria. Queridos compatriotas, se trata entonces, entendámonos bien en esto, de que cada familia honorable podría recibir como pensionista y alojar a un hombre atacado de una enfermedad mental inofensiva... ¿Me comprendéis? No se trata de locos, sino de enfermos cerebrales, entre los cuales frecuentemente se encontrarán gentes cultivadas" —

Un silencio de muerte le respondió. El cura se apresuró a romper el silencio helado con su voz cálida y simpática.

"Todo es cuestión de costumbre, mis queridos amigos. Estos pobres enfermos no causan ningún trastorno. No son sino criaturas desgraciadas del buen Dios; ningún hombre honesto, ningún buen cristiano puede rehusarles ayuda, porque, acordándosela, en seguida se ayuda a sí mismo, tal como el Creador lo ha prescripto".

En la multitud se operó un movimiento apenas sensible.

El ciudadano volvió a hablar.

"Los gastos de alimentación no son elevados. La mayor parte no exigen casi alimentos y además, no se debe sobrealimentarlos. Lo mismo en cuanto al alojamiento. Pasan la noche en el sitio que les sea asignado. La remuneración no es elevada, pero tampoco es desdeñable. Es necesario pensar en que los enfermos están enteramente a cargo del Estado, que nadie paga nada por ellos... En una palabra: el Estado paga por cada enfermo 16 "pengo". Además, cada enfermo recibe su jergón particular, su cubierta, una doble provisión de ropa blanca, y, además, medio kilo de jabón por mes y una botella de medicamento amargo para calmarlo en caso de que se ponga agitado".

El anuncio del dinero provocó un fuerte movimiento: 16 "pengo" ..., 50 kilos de pan cada mes!

"Aquellos que quieran tomar un enfermo a su cargo pueden inscribirse en lo del guarda comunal"

Así habló el señor de la ciudad. "¡Mil gracias!..."

Tal fué el grito de la multitud cuando el ciudadano y el sacerdote subieron al auto.

"In eternum... Amén...", respondió desde el vehículo en marcha la voz cálida del piadoso y suntuoso personaje.

★

Desde hacía mucho tiempo ya, la aldea vivía exclusivamente de sus enfermos. La mayor parte de ellos eran tal cual los había descripto el sacerdote: pueriles, silenciosos y pobres de espíritu. Pobre gente por la que nadie pagaba ni se ocupaba. Había también entre ellos algunos locos. Desgraciados abandonados por sus familias. El más interesante de ellos era el flaco Arón Faluvégi, con su barba de chivo. Antes de la guerra era notario en Transilvania. Después de su anexión a Rumania, estuvo preso durante tres años por propaganda irredentista. A la expiración de su pena, ese gran héroe se fugó a Hungría. Pero en Budapest, los comités irredentistas no lo recibieron con los brazos abiertos. Le dieron un puesto de escribiente, del que bien pronto le echaron. Vivió en la indigencia en el interior de un furgón, hasta que perdió el equilibrio mental.

Arón Faluvégi escribía una súplica a no importa quién, acerca de las injusticias de que era víctima. Al fin escribió hasta al mismo Papa. En estas súplicas se quejaba de que otro escribiente llamado Ignacio Varro, lo había desplazado de su colocación, que ese Varro era un espía rumano y que en realidad se llamaba Celso Mirescu. Después exponía que Varro Mirescu no era solamente un espía rumano, sino que era de origen judío, y reclamaba que se hiciera el análisis de su sangre. Faluvégi escribía su súplica a la mañana y en seguida iba a leérsela a las gallinas. Había habituado a las aves; gracias a migajas de pan, éstas corrían hacia él como los pollitos hacia la madre.

Si durante su lectura, distraído, el gallo de plumaje llameante se ponía a cantar, Faluvégi estallaba en una cólera temible.

"¡Señor Haim!" —gritaba, mientras su barba de chivo temblaba de furor — ¿Creéis que yo no sé que habéis cambiado vuestro nombre por el de gallo?"

Resoplando y escupiendo, abandonaba las gallinas y corría al correo de la aldea vecina.

★

La primera Navidad se pasó en calma. Pero cuanto más duraba el invierno, más triste se tornaba la vida en las casas. Después, cuando aconteció que un loco quiso echar adentro de un pozo a una chiquilina de cabellos extrañamente rojos, una inquietud solapada se deslizó en la aldea. El loco fué enviado a la ciudad y los espíritus recobraron la calma. Pero ese incidente hizo que se encontrara menos razones para reírse de los locos.

Pasaron meses. En casi todas las casas, estaba sentado en un rincón un loco silencioso. A alguno que otro se le podía emplear en el trabajo. Para muchas casas su presencia significaba un real bienestar. Pero a pesar de eso, cuando los días comenzaron a alargarse, toda la aldea respiró. Muchos habían decidido en secreto devolver a sus locos, después de un mejoramiento de la situación. Pero, a fin de año, la mayoría de los habitantes renovaron el contrato...

El segundo invierno comenzó mal. Una noche, un enfermo pegó fuego a la casa donde se alojaba. El incendio fué rápidamente descubierto y apagado. El enfermo fué devuelto, pero desde entonces los aldeanos no pudieron dormir tranquilos en sus casas. ¿Pero quién hubiera aceptado la idea de devolver los enfermos en pleno invierno? El invierno va a concluir, pensaban ellos, vendrá la primavera que, con su escoba dorada, barrerá el miedo de todos los cerebros.



Sucedió que una mujer dió a luz un monstruo. Entonces se detuvieron todos los propósitos tranquilizadores. A la noche, los aldeanos se trancaban por miedo a los enfermos que de día evitaban. Sin embargo, sucedía de más en más frecuentemente que a la noche, los niños y las mujeres se despertaran, llenos de espanto, sobre todo en las casas donde los enfermos no reposaban de noche.

Las gentes se tornaban cada vez más sobrias en palabras; insensiblemente, adoptaban ciertas costumbres de los enfermos. Al principio no osaron confesárselo unos a los otros, pero, después se tornó más patente que muchos de los aldeanos se deslizaban fuera de sus lechos para verificar si la casa no ardía encima de sus cabezas.

El segundo año se pasó también. La aldea lanzó un suspiro de alivio. ¿Trabajo? Quizá este año iba a traer el fin de esa terrible enfermedad de la cual habían aprendido el nombre y de la cual hablaban los periódicos: la crisis.

Pero el fin de la crisis no vino. Y en el otoño la mayoría de los aldeanos renovaron sus contratos. A contar de ese día todo empeoró. Los enfermos también habían cambiado. De noche sobre todo se habían vuelto más agitados. Entre ellos, hubo hasta locos furiosos, pero los habitantes temían revelar el asunto de miedo a perder sus mensualidades. Todos estaban sumidos en la ansiedad, todos temían la llegada del invierno. Una noche, Arón Faluvégi mató al decano de la aldea. En vano el desdichado viejo aseguró que no tenía nada de común con el espía rumano y que todos sus antepasados habían sido buenos cristianos.

Después de tres días de meditación, la aldea decidió mantener ese asesinato en secreto. Se temía, si llegaba a ser conocido, la pérdida de todos los enfermos.

Un silencio penoso imperaba en la aldea. Nadie sentía ya su vida segura. En cada casa aumentaba el número de aquellos que pasaban la noche sentados en sus lechos. Y, poco a poco, los habitantes se volvieron tan taciturnos como sus enfermos.

Al cabo de un mes — cuando ellos creían aún que nadie lo sabía, bien que en la aldea vecina se hubiera empezado a murmurar — la noticia de la muerte del decano llegó a los oídos de los gendarmes. Estos descubrieron el cadáver del viejo y se llevaron a Faluvégi y a su hospedador, a este último por no haber denunciado el hecho.

Dos días más tarde, una comisión médica apareció en lo del guarda comunal, con el objeto de investigar qué enfermos eran peligrosos e internarlos en un asilo de la ciudad. Los habitantes de la aldea, durante la guerra, no habían jamás conducido sus caballos a la inspección con tanto cuidado coom llevaban ahora sus enfermos delante de la comisión médica. Cada uno de ellos hacía el elogio del suyo.

Pero la comisión médica debía proceder rigurosamente, porque una hoja de la oposición había magnificado el hecho.

Cuando se desparramó la noticia de que la mitad de los enfermos iban a ser llevados en pleno invierno, toda la aldea se reunió delante de la casa del guarda comunal. Al principio, la multitud permaneció tranquila; después la primera piedra fué lanzada contra la ventana. Los miembros de la comisión se vieron obligados a huir ante los aldeanos enfurecidos.

Pero, al día siguiente la comisión reapareció, esta vez escoltada por un fuerte destacamento de policía. Ante la noticia de su arribo, todos los aldeanos se atrincheraron en sus casas.

Los gendarmes debieron penetrar por la fuerza. Pero encontraron en todos lados una furiosa resistencia. Los enfermos gritaban y los aldeanos defendían sus enfermos con un encarnizamiento desesperado.

Cuando la primera media docena de casas fué forzada, el médico jefe del asilo de la ciudad nos mostraba un gran número de rasguñones sangrantes y rastros de golpes, suspendió las operaciones.

—Toda la ciudad está atacada —dijo a los otros miembros de la comisión. Locura colectiva. Es necesario examinar el caso a fondo. No tiene ejemplo en los anales de la ciencia.

La comisión se retiró para estudiar el caso.

Desde entonces, la calma reina en la aldea. Pero, de noche, alguien se incorpora en su lecho, gritando. ¿Es un enfermo? ¿Es un hombre sano? Es esto lo que la comisión decidirá. Lo importante es que una aldea verdaderamente húngara ha sido salvada para la sociedad.

# SANDWICHES



RECUERDO haberlo encontrado por primera vez en los tiempos de mi infancia. Su aspecto extraño me llamó la atención. Era un hombre de gran estatura, que podría tener, en aquel entonces, alrededor de veintiocho años. Era extremadamente pálido e iba vestido de negro; sin duda no tenía otro traje que el que llevaba todos los días. Su traje estaba sucio, verdoso, deshilachado.

La mirada de este hombre expresaba un profundo dolor. La sonrisa que arqueaba tristemente sus labios parecía artificial.

Su sombrero de anchas alas debía tener la misma edad que él.

Pero lo que atrajo sobre todo mi atención fué su cabellera. Los cabellos le caían sobre los hombros; castaños, ondeados, partidos por una raya al medio, le daban el aire de un escolar.

Largamente lo observé, con toda simplicidad; me sonrió y quiso aproximarse a mí, pero yo huí.

¿Su nombre? Sí, conozco su nombre; lo conozco demasiado, tal vez. Pero ese nombre no debe ser pronunciado. ¿Qué importancia tiene un nombre en la vida?

Existen hombres anónimos — anónimos aunque hayan sido, a veces, muy grandes. Aquel hombre era anónimo, aunque yo no quiera decir, con esto, que haya sido grande.

★

Después, de nuevo, comencé a encontrarlo.

...Estaba siempre intolerablemente solo, siempre absorto en sus meditaciones.

Tuve miedo del aspecto de ese hombre, solitario entre su crin que le llegaba a los hombros.

A veces, a mediodía, lo apercibía sentado, muy pensativo, sobre un banco del parque central de la noble ciudad de Quito. A la hora en que cada cual vuelve a su casa, continuaba allí, inmóvil. Pensé entonces que aquel hombre no tenía domicilio.

A veces, al volver al parque después del almuerzo, le veía sobre el mismo banco en que lo había dejado al partir. Y me decía que, ciertamente, no tenía nada que comer.

Siento bien que aun no he dicho nada interesante. ¿Qué importancia puede dársele al hecho de que un hombre no tenga nada que comer?

Hay muchos que no tienen nada que comer. Si fuera posible reunir a todos los que tienen hambre en el mundo, y se quisiera en seguida contemplar ese desfile desde lo alto de un balcón, se sentiría una terrible molestia. Sería necesario, durante horas fatigosas, interminables, infinitas, mirar pasar hombres.

Hombres enfermos de lepra, rengos, cojos y ciegos: deformados y mutilados; reumáticos y tuberculosos, seres humanos... seres humanos.

¡Cuán monótona sería esta marcha solemne y fúnebre!

Hay, como se ve, algo de vulgar en el hecho de un hombre que se muere de hambre.

Mis reflexiones me llevarán a la conclusión de que mi crinudo vagabundo no era más que un pobre sin importancia. Pero más tarde, supe una cosa bien bizarra.

¡Aquel hombre era un poeta!

¡Sí, un poeta! Sin embargo, terminaré mi relato, a pesar de la sonrisa irónica que erra sobre los labios del lector cada vez que aparece una persona poseída por la manía de la versificación.

...Y como no quiero decir su nombre, le llamaré simplemente "el poeta".

★

Perfectamente.

Así limitado por su carácter abstracto, haré aún alusión a mis encuentros fortuitos con el poeta y a las frases escuchadas a su respecto.

Sus poemas estaban escritos según las reglas de la antigua métrica. Trataban de la blanca novia, del sufrimiento y de las lágrimas como perlas...

Sucedía a veces que sus versos eran publicados en un diario sin importancia o en alguna hoja de barrio. Tenían el aire de pobres huérfanos.

Músicos ambulantes le ponían a veces música a sus estrofas.

Y los poemas se tornaban couplets.

★

Diez de la noche.

Uno vuelve a su casa.

Uno piensa en lo que se piensa a las diez de la noche; en la muchacha que se acaba de dejar, en el cinema de donde se acaba de salir, en lo que uno hará mañana.

Pero el hilo de esos pensamientos se interrumpe bruscamente; acabamos de oír voces.

He aquí un grupo de hombres: en medio de ellos, un harapiento canta, acompañándose con la guitarra. Su canción expresa toda la melancolía de esta bella ciudad perdida en los Andes; dice el dolor del indio aplastado por la civilización occidental.

Los sonidos de esa voz inarmónica, que viene del fondo de un alma atormentada, evocan la imagen de una mujer apasionadamente amada.

Monedas pagan la canción que da vueltas a la ciudad, como un pájaro perdido.

Más tarde, en la noche, se siente detrás de las puertas de un café, siempre la misma canción, tanto más apagada por los sollozos cuanto más ebrio está el cantor.

Así corren las canciones, acarician y desaparecen, y atraviesan la ciudad reflejada en su asfalto.

★

Escribía poemas para aquellos cantores ambulantes.

Pero ni los suspiros de los hombres, ni las lágrimas de las mujeres dan nada; así que estaba en la miseria.

Esta no es una suposición, puesto que lo que había sido una suposición, se confirmó más tarde.

Sufría de hambre, del hambre terrible que roe y paraliza los huesos.

Era un retardatario, un romántico.

El romanticismo lo volvía ridículo.

Ninguna mujer lo amó jamás.

¿Qué es, según vosotros, lo más trágico de las tres cosas: "ser ridículo, morirse de hambre, o no poseer jamás una mujer?

POR

*Humberto Salvador*

**Ilustración de Güida**

Su cuerpo hacía pensar en una bolsa de pobre. La miseria devoraba aquel cuerpo, como la poesía devoraba aquel cerebro.

El instinto primitivo del artista se percibía en él: se expresaba en la manía de la versificación, esa mueca rutinaria de clown de feria. Este payaso puso su alma en sus estrofas; en sus imágenes vulgares palpitaba el alma vagabunda del que las había escrito.

(Pregunta indiscreta :¿cómo ese pobre tipo satisfacía su instinto sexual?)

Su vida no era sino un crepúsculo manchado por la mano leprosa de la realidad. Miseria... Miseria... Canciones... Mujeres... Pan...

¡Stop! El miserable asió con los dientes el pedazo de pan que le disputaban los perros.

¿A quién podía disputarle una mujer?

Se ha establecido entre nosotros que es vulgar morirse de hambre.

★

Toda su alma estaba en sus versos.

Hay hombres que ponen su alma en viejos pergaminos, o en los estudios de los cuarteles de nobleza de sus antepasados. Esas almas están atacadas de la despreciable manía de la aristocracia.

La vida es júbilo. El sol es maravilloso... La mañana es una tempestad de luz. Las mujeres... ¿Pero si uno no tiene dinero?

★

Es simple: se reemplaza el dinero con el arte. El vagabundo, por tanto, había consagrado su vida a un esquema de arte primitivo.

El, que erraba por las calles, rompió su alma en la calle, y, no le restó más que disolverse en la calle, y estallar en pedazos, dejando una parte de su cuerpo aquí, otra allá, como desperdiciaba pedazos de su alma en sus pobres canciones.

Suponed, como en las novelas en serie, que varios años pasaron.

El poeta desapareció de la ciudad, extrañamente, misteriosamente, y nadie supo que había partido.

Tan sólo sus canciones, daban vueltas por la ciudad. A veces, en la noche, los hombres se acordaban del poeta, al escuchar una voz, en algún café, cantar sus estrofas, con acompañamiento de guitarras. Y se evocaba su imagen, haraposa grotesca, muy crinuda, con su chambergo de grandes alas, con sus ojos hundidos en las órbitas.

¿Era preciso disfrazarse de brisa, para encontrar al poeta?

★

"¡Sandwiches, sandwiches, a cinco y diez centavos!"

Era una novedad para los pobres. No se podía encontrar nada que fuera más barato. ¡Una tajada de pan tostado, un pedazo de carne, una hoja de ensalada, un poco de cebolla, todo por cinco centavos!

Los sandwiches de diez centavos, apetitosos, copiosos, reemplazaban todo un almuerzo.

Se vendían rápidamente:

en los teatros y en los cines, durante el entreacto;
sobre las plazas asoleadas, en las corridas de toros;
en el hipódromo;
en los matches de football;
en todas las calles de la ciudad.

Una turba de chiquilines sospechosos los llevaban en canastas a través de la ciudad; sus ojos brillaban.

Uno compraba los sandwiches, y al comerlos a domicilio, los hallaba muy buenos.

¡Qué horror!

Fué un escándalo terrible que hizo erizar los cabellos de todas las cabezas. Al pronto se habló en voz baja.

"La policía acaba de descubrir"...

Se evitaba el hacer alusión en presencia de las muchachas o las personas nerviosas. Los diarios hablaban vagamente, por medio de sub-entendidos. Cuando se supo toda la verdad, hubo una sensación de horror.

Yo quería saber de qué se trataba, y conseguí reconstituir los hechos.

Una mujer vieja me dijo: "He aquí que está por llegar el día del Juicio Final. Imagínese que un enterrador y un fosero, encargados del transporte de los cuerpos de desconocidos, escondían cadáveres desde hace algún tiempo".

En fin, un estudiante de medicina me develó el misterio:

—¿Usted quiere saber qué es lo que se hacía con los cadáveres? Nada de extraordinario. Una cosa simple. Usted sabe ya que el viejo guardián del anfiteatro anatómico y sus cómplices robaban cadáveres.

—¿Y después?

—Después preparaban y hacían sandwiches. ¿Se acuerda usted de los sandwiches a cinco y diez centavos? Y bien, eran sandwiches de cadáver. Se ha encontrado, sobre un sandwiche, un pedazo de oreja humana y la cosa fué descubierta así. ¿Ha comido usted?

—Yo... Yo no sé...

—Lo más cómico — agregó — es que, en medio de los cadáveres vendidos con pan y ensalada estaba el de... ¿adivine quién?

—¿Cómo podré yo decirlo? (Miedo angustioso?

—¡El cadáver del pobre poeta! ¡Usted ve para lo que sirven los poetas!

Me hablé a mí mismo, en alta voz:

—¡Poeta vagabundo! ¿Quién ha comido tu corazón? ¡Algún perro! ¿Quién ha comido tus mejillas? ¡Algún ebrio! ¿Quién ha comido las profundas órbitas de tus ojos? Quizá alguna bella muchacha...

¡Sándwiches a cinco y diez centavos!

¡Buenos y baratos!

¡Cómprelos!

## Peloponeso y Jazmín ★ *por Hamlim*















































